

WEEKS
FIVE
ut on



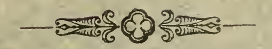
ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

PETRILLA

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS DE ANSORENA



MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1895

PETRILLA

PETRILLA

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS DE ANSORENA

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 6 de Diciembre de 1895



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1895

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PETRILLA	Srta. Guerrero.
TIA SIMONA	Sra. Revilla.
GONZALO	Sr. Díaz de Mendoza.
LORENZO	García Ortega.
DOCTOR PRIETO	Jiménez.
JUAN	Mendiguchía.
HINESTROSA	Robles.
ARIAS	Torner.
EL VIZCONDE	Luanco.
UN CRIADO	Montenegro.

Época actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO PRIMERO

Una casa de campo que se supone pertenece á una Sociedad de cazadores. Puerta en el foro y á derecha é izquierda.—A la derecha primer término una ventana que da al monte.—En la pared, escopetas colgadas.—A la izquierda una chimenea. Sobre la repisa de ésta dos jaulas cubiertas con paño verde. Un arca.

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR PRIETO, GONZALO, ARIAS, HINESTROSA, EL VIZCONDE, PABLO con traje de guarda mayor. Los primeros sentados á la mesa y tomando café y fumando. Pablo en pie y sirviéndoles

ARIAS ¡Este Doctor es sublime!... (Riendo.)

VIZC. ¡Lo más curioso que se puede uno imaginar!

HIN. Reparen ustedes, que bajo su capita de santo, resulta un socialista tremendo.

ARIAS Hay que temblarle. El día menos pensado pone una bomba bajo nuestras camas.

DOCTOR Por Dios, señores, no trabuquemos las cosas. En primer lugar, Vizconde, yo no soy, como usted dice, un ejemplar curioso y raro, sino sencillamente un pobre hombre que procura hacer todo el bien que puede. Y en cuanto á lo de las bombas... ¡por Dios, Arias!... no confunda usted las especies... Los socialistas no las ponen ni bajo las camas ni en ninguna parte... Esta es una de las muchas equivocaciones que usted padece... Por lo demás,

si miran ustedes mis ideas desde el punto de vista político, no nos entenderemos, porque ni estoy afiliado á ningún partido, ni mis acciones responden á programa alguno de esa clase... No... Es otra cosa.

HIN. A ver... á ver... Explíquese usted.

DOCTOR En dos palabras, y han debido ustedes comprenderlo desde el principio. No pretendo reformar el mundo; pero en mi limitada esfera de acción, en mi pequeñez de átomo, procuro poner remedio y hasta evitar antes de que sean consumadas las grandes injusticias sociales. Injusticias que no vienen de la voluntad suprema del de arriba, sino de la miseria y de la indiferencia de los de abajo. Si el amor al prójimo es ese decantado socialismo que tanto miedo inspira, hago mi profesión de fé: soy socialista.

VIZC. Eso no es decir nada, querido Prieto... Todos amamos al prójimo.

ARIAS Cada uno da lo que puede...

HIÑ. No me negará usted que la prensa excita el espíritu público en casos de calamidades.

DOCTOR Todo eso es pobre; no sirve. Casi estoy por decir que no es remedio formal. No basta sentir un afecto indiferente por el prójimo, señor Vizconde. Es preciso algo más que la limosna de compromiso con la que nos quitamos un importuno de encima, amigo Arias; usted, es escritor de gran talento, eximio periodista, querido Hinestrosa, y no es extraño que alabe la iniciativa de la prensa frente á los grandes desastres que dejan sin pan ni abrigo á pueblos enteros. Ni yo encuentro mal el sistema aunque vicie el sentimiento de la caridad con una exhibición frecuentemente ridícula. Pero, repito que eso no basta. Es pasajero, y permítanme ustedes ser pedante; el afán caritativo necesita una solución de continuidad. No líneas que se quiebren, sino la línea recta sin término fijo. En suma, es preciso que el que da la limosna sienta al darla más alegría que el que la recibe.

HIN. ¡Bonita teoría para un mundo en el que todos fuéramos ángeles!

ARIAS La verdad; esos discursos morales me marean... Ya sabe usted que no estoy bueno, Doctor.

DOCTOR Hablé porque me obligaron ustedes á ello. Gonzalo, que es el que más me conoce, les dirá á ustedes si soy amigo de manifestar mis ideas en público. Con tenerlas me basta.

GONZ. En efecto; conozco mucho al doctor Prieto, y lo que dice es verdad; odia la exhibición... Y por mi cuenta añadiré que pone en práctica sus ideas con una constancia sin ejemplo. Presta asistencia gratuíta á los enfermos pobres, entre los que reparte lo que le produce su asistencia á los ricos. Pero, no se contenta con esto que en realidad más que censura merece alabanza. Como todos los sabios, el que nos ha hecho el honor de pasar un par de días cazando con nosotros, tiene su correspondiente manía, consecuencia lógica de las ideas que ha manifestado hace un momento... y esta manía es, ¡asómbrense ustedes! la de curar las almas como cura los cuerpos. Estoy por decir que el organismo psíquico le interesa más que la relación entre los nervios, huesos y venas y demás componentes de la pecadora materia. Estudia á un criminal con más afán que á un tísico. Una mujer perdida le inspira más interés que la que se presenta en su consulta con un cáncer. Y no crean ustedes que se contenta con el simple examen, que como curiosidad científica podría pasar... Nuestro doctor va más lejos. Tiene la pretensión de enderezar concienciasy estirpar vicios, como arregla huesos fracturados y opera tumores hondos. Y mientras los enfermos de la carne le llaman ansiosamente, busca él con la misma ansiedad á los enfermos del espíritu. En resumen, es médico y misionero en una pieza.

VIZC. Muchos desengaños habrá usted recibido.

DOCTOR Y muchas alegrías, Vizconde...

ARIAS ¡Curar el alma! Como buen médico le creía á usted materialista.

DOCTOR Otra equivocación de usted , Arias. Las duchas y el bromuro son para ustedes. Para los otros no sirven. No soy tan desdichado como aquel célebre colega mío que decía: «¡El alma!... ¡el alma!... Nunca ha tropezado con ella la hoja de mi bisturí.» De mí puedo afirmar que nunca empuñé el mío que no tropezara con ella. No en el paciente, sino en mí mismo. Y como la siento agitada de dolor, de lástima, de desconfianza, no la niego.

ARIAS ¿Pero se cura?

DOCTOR Con medicinas de botica, no... Se cura... con lo que debe curarse. Y créanlo ustedes, cuando de un perdido logro hacer un hombre honrado, quédome más satisfecho que cuando transformo á un anémico en un hombre robusto. Y basta. (Levantándose; los demás le imitan.) Ya que me han convidado ustedes á cazar, no me obliguen á que les pague mi estancia en el monte con un curso de Sociología. (Pablo se va.)

ARIAS Es verdad. Y después, no se enfrasque usted en sus aficiones, y vea de curarme á mí este corazón y esta cabeza que andan medianamente.

DOCTOR La de usted si que es brava manía. (Dándole un golpecito en la espalda.) Le he reconocido á usted mil veces, y créame usted, Arias, puede estar tranquilo. Ni en la cabeza ni en el corazón tiene usted nada.

HIN. (Yendo á coger su escopeta.) Hablando de otra cosa: ¿no han notado ustedes que Petrilla no nos ha servido hoy á la mesa? ¿Estará mala?

ARIAS Me parece que su padre la envió esta mañana al pueblo á no sé qué compras.

VIZ. Tal vez Pablo la habrá prohibido que se presente delante de nosotros.

DOCTOR En lo que hubiera obrado muy cuerdamente, porque á veces las palabras de ustedes son un tanto libres.

HIN. Pues sentiría que la ausencia durase. No hay cosa más agradable que ser servido por una mujer bonita... ¡Y ella lo es de veras!

ARIAS ¡Bah!... Una mujer zafia y con ese perjeño, no está linda nunca. A mí esa chica no me inspira interés ninguno.

VIZ. ¡Hombre! pues á mí no me parece lo que usted dice... He oído decir que su padre procura que se eduque como no se acostumbra entre esta gente.

HIN. Yo la he sorprendido varias veces leyendo...

ARIAS De todos modos, á mí que me den una mujer bien vestida.

DOCTOR ¡Ea! Ahora no se la van á dar á usted de ninguna manera. ¡A cazar se ha dicho! Ustedes á sus liebres... Yo á mis perdices. Soy ya viejo para andar mucho y la caminata de esta mañana me ha rendido.

GONZ. También yo estoy algo fatigado y voy á hacer otro puesto.

ARIAS ¿Habrá venido Juan? Es el ojeador que más me gusta.

HIN. Creo que sí... ¡Pablo! (Llamando. Entra Pablo.

ARIAS ¿Y Juan?

PAB. En el patio, esperándoles á ustedes con los perros.

HIN. Pues andando. Buena suerte. (Han cogido sus escopetas y se han ceñido las cananas, colocando en ellas cartuchos.)

DOCTOR Hasta luego. (Vanse el Vizconde, Arias é Hinestrosa y Pablo.)

ESCENA II

GONZALO. El DOCTOR PRIETO. Gonzalo se dirige á la chimenea haciendo ademán de coger una de las jaulas

DOCTOR Espera un poco, Gonzalo. (En tono serio.)

GONZ. ¡Qué seriedad, Doctor!

DOCTOR La que es precisa para tratar asuntos graves.

GONZ. Me confunde usted... ¿Asuntos graves entre nosotros?

DOCTOR Sí.

GONZ. Pues hable usted.

DOCTOR Antes de nada, dime: ¿qué soy yo para tí?

GONZ. No puede haber duda en la respuesta. Un amigo leal que lo fué de mi padre y al que admiro y respeto como sabio y como caballero.

DOCTOR ¿De modo que puedo hablarte con toda franqueza?

GONZ. Sí.

DOCTOR ¿Como tu padre si viviera te hablaría?

GONZ. Lo mismo. (Mirándole algo contrariado.) Pero no comprendo por qué ha escogido usted este sitio y este momento.

DOCTOR Por ser los más á propósito para decirte lo que ya no podía callar.

GONZ. Picó usted mi curiosidad. ¿Qué es ello?

DOCTOR Permíteme, Gonzalo, que tome la historia desde un poco lejos. Era yo amigo de tu padre desde antes que tú nacieras, y por lo más sagrado te juro, que hombre más superior en todo, jamás le conocí. Dióse en él el inverosímil fenómeno de que ni su título, con ser uno de los más respetados en España, ni su fortuna tan cuantiosa como tú sabes, despertaran el orgullo natural en un hombre á quien la suerte favoreció en todo, hasta en su matrimonio, porque tu madre fué una santa. No es la primera vez que lo oyes, y entre ellos viviste con edad bastante para juzgar la verdad de lo que te digo.

GONZ. Tiene usted razón, pero repito...

DOCTOR No tardarás en comprender dónde voy á parar. Al morir tu padre, para mí del dolor de verse separado de su compañera arrebatada á la vida un año antes, te legó su fortuna, su título, su nombre, pensando que de todo cuidarías como él cuidó. Mas, aunque te tenía por bueno, sintió miedo de tu juventud y de la libertad en que quedabas en medio de una sociedad egoista y viciosa, y antes de morir me recomendó que velase por tí, cargo qne acepté proponiéndome ¿por qué ocultarlo? que reviviese en tí el admirable hombre que moría.

GONZ. (Con abandono.) Adivino el resto, querido doctor. Pero no le quede á usted ningún escrúpulo de conciencia. Usted ha cumplido como bueno. El malo fuí yo. Malo he dicho, y tal vez me juzgo con demasiada severidad, porque miradas imparcialmente las cosas, mi único delito consiste en seguir la corriente de la sociedad en que vivo; en ser más hijo de mi tiempo que hijo de mi padre... ¡Qué quiere usted! Nuestras acciones no son nuestras, sino que nacen del influjo á que estamos sometidos. Usted que es hombre de experiencia, sea mi juez, y dígame si esto, ya que no sirva para absolverme por completo, no es atenuación de importancia para mi falta.

DOCTOR Para todo hay un límite, Gonzalo. El vicio en cierta medida puede ser considerado como locura de la juventud; pero el vicio como vida, como afán constante, como sola tarea y única aspiración, es más que pasajera y perdonable locura: es crimen. No se castiga con la cárcel, pero es crimen.

GONZ. Con usted, Prieto, no puedo discutir nada, ni aun la dureza de ese calificativo... Ya ve usted que aun queda en mí algo bueno.

DOCTOR Que no tardará en desaparecer, si no procuramos la enmienda .. ¡Ah!... Pero la procuraremos. No me asusta este trabajo de ahondar en las conciencias negras, si allá en el fondo veo algún resplandor por débil que sea... Ya llegaremos á él, si Dios lo permite.

GONZ. (Sin poder ocultar su desaliento.) Es algo tarde, Prieto; es algo tarde.

DOCTOR (Acercándose á él y poniéndole una mano sobre el hombro.) Más pena me causa tu desaliento que tus mismos vicios, con ser estos tantos... ¡No digas eso, hijo mío!... ¿Por qué ha de ser tarde? ¿Qué gran derrota hay en tu vida para que desesperes? ¿Qué irremediable catástrofe que te cierre todo camino?

GONZ. ¿Le parece á usted poco?

DOCTOR ¡Ah!... Ya sé... En placeres que no te han divertido, has gastado casi toda tu fortuna, y

comprendes que lo poco que de ella queda correrá la misma suerte. ¿No es esa tu gran desgracia? ¿y qué sabes tú si será una dicha?

GONZ. ¡Dice usted unas cosas!

DOCTOR ¿Te asombran? Pues mira, Gonzalo; mi profesión me obliga á rozarme con las grandes fortunas y con las grandes miserias. Desde las salas del Hospital donde gimen los desheredados de la vida, acudo á las lujosas alcobas donde los ricos sufren... y tales cosas veo que no sé quienes me producen más lástima... Casi estoy por decir que los segundos. Si me preguntas de qué viene vuestra verdadera desgracia, te contestaré sin vacilaciones: ¡de que no sabéis trabajar! ¡Por esto sois débiles como mujerzuelas! ¡Por esto sois malos! Dejáis que las fuerzas de vuestro organismo físico y moral se estanquen; ¡y lo que se estanca se corrompe! Cuando os sentís envejecidos antes de tiempo, aniquilados, anémicos de alma y cuerpo, acudís á nosotros; ¡cómo si nos fuera posible hacer milagros! Me sobra dinero para pagarte... Tienes obligación de curarme, ¡quiero que me cures! Soy un montón de carne flácida; hazla vigorosa. Mis nervios se han desorganizado; organízales tú, que para esto estudiaste... Mi sangre es agua, dala globulos rojos... Y todo esto que te pido, te lo pido para seguir gozando; para volver á echárselo al placer, bestia jamás ahita... Dios me perdone el pensamiento, pero sino fuera poco cristiano, deberíamos responderos cuando venís con tales pretensiones: «Si para eso quieres que te cure, no quiero curarte. Otros me reclaman, debo atenderlos porque valen más que tú... Cubre tu cuerpo con tus billetes de banco, que es lo único en que crees, y si el remedio no te sirve, muérete, hijo, que no haces falta, que sobras... que estorbas!...» (Transición.) Quizás fuí muy lejos... Me indignan ciertas cosas... Por eso te hablé así... Olvídalo si quieres. Es de otro asunto del que quería tratar contigo.

GONZ. Hace mucho que estoy esperando. Pero usted se lanza por esos mundos de Dios, y no hay quien le traiga á la realidad.

DOCTOR Pues á ella bajo y desde ella te pregunto: Gonzalo, ¿cuál es tu idea al engañar á esa pobre muchacha?

GONZ. ¿Qué dice usted? ¿qué muchacha es esa?

DOCTOR Como yo lo sabes... Petrilla... La hija del guarda mayor de este monte... ¿Quieres más claridad?

GONZ. Pero, Doctor... usted está equivocado... Usted, sueña. (Confuso.)

DOCTOR Aquí no hay más sueños que los malos que tus palabras hayan arrojado en el cerebro de esa infeliz. No niegues la evidencia porque te creeré más culpable de lo que eres... Ayer mismo, sin que ni tú ni ella os diérais cuenta de mi presencia, os ví á los dos desde lejos. Hablábasla tú con calor acentuando los ademanes... Escuchábate ella con la cabeza baja, como mujer que está al cabo de sus fuerzas... Así llegásteis hasta el camino que trae en derechura á esta casa; allí os separásteis, como temerosos de que os vieran entrar juntos... Al llegar yo poco después que tú, encontreme á Petrilla en el patio... Lloraba... ¿Qué la dijiste para hacerla llorar?... No soy un niño, Gonzalo, y sé que tratándose de una mujer de su condición, y de un hombre de la tuya, en esas lágrimas gasta la honra sus últimas fuerzas... Dí la verdad: ¿qué pensamiento es el tuyo?

GONZ. Repito que esas son cavilaciones de usted... Cierto que hablé con Petrilla... No recuerdo de qué... De cualquier cosa, sin duda... De su llanto no tuve yo la culpa. (Confuso.)

DOCTOR Mientes, Gonzalo.

GONZ. ¡Prieto!... (Pausa; ambos cambian una mirada enérgica.) De usted puedo admitir un consejo... Un insulto de nadie... ¡Ni de usted mismo!...

DOCTOR Está bien... Verdaderamente el *summum* de la inocencia es preguntarte lo que te he preguntado... ¿Qué piensas hacer de Petrilla? Seguro estoy de ello... No me repliques...

Doy la cuestión por terminada y me marcho. (Coge una jaula y se dispone á salir. Ya casi en la puerta del foro, se acerca de nuevo á Gonzalo.) Pero antes oye... No me conoces. Cuando la casualidad me pone en medio de una gran desdicha, un impulso superior á mí mismo me arrastra á remediarla... Nada me detiene... ¡nada me asusta!...

GONZ. ¿Qué quiere usted decir con eso?

DOCTOR Quiero decirte que lo que intentas no es un juego de tu capricho contra una honra mal guardada, sino algo más serio... Y que si es preciso le diré á Petrilla lo que tú eres... Y que si no basta pondré á su padre al tanto de tus intenciones y de las flaquezas de su hija... Mucho es el riesgo á que te expones. Piensa tú ahora si tu capricho lo vale... (Vase, foro.)

ESCENA III

GONZALO

Lo hará como lo dice... Le conozco... Pero me parece, sabio y caritativo doctor, que esta vez llegas tarde. Las dificultades son espuela de mi deseo... ¡Bah! ¿Qué puede ese viejo maniático contra una voluntad decidida que por todo salta?

ESCENA IV

GONZALO, PETRILLA, izquierda

PET. ¡Ah!... Gonzalo...

GONZ. Petrilla...

PET. No hay nadie... ¿verdad? (Mirando en torno con recelo.) Tus amigos se han ido... Mi padre...

GONZ. Salió con ellos... No temas. Estamos solos.

PET. Solos... Sí... ¿Me esperabas? ¿Sabías que yo había de buscar ocasión de verte? Llego

ahora... Mi padre me envió esta mañana al pueblo á que hiciera algunas compras. Estoy cansada. (Se sienta.) No sabes lo que he corrido... Temía que te marcharas antes de que yo volviera... ¡Qué pensamiento más tonto! ¿verdad? Pues le he tenido, ¡qué daño me ha hecho! ¡Oh... mucho daño!

GONZ. ¡Marcharme sin decirte adiós!... ¿Por qué había de hacerlo? Tranquilizate, Petrilla...

PET. Sí... Estás aquí... Te veo... Mentira me parece.. De tal modo se metió en mi cabeza la idea de que te habías ido, que al llegar aquí estaba segura de no verte... ¡He venido á la carrera por el monte!... ¡Hala, hala, Petrilla, que no llegas á tiempo... anda, mujer, que ya falta poco... mira que se va... que le pierdes... que puede ser que no vuelva!... Válgame Dios y qué camino más largo! ¡Cómo estorba el tomillo para correr á gusto! Sentía palpitar mi corazón como si fuera un pajarito apretado por la mano que le tiene sujeto.. La angustia me hizo perder la cabeza. Llegué á estar tan mareada que pensé que me caía redonda junto al pinar... pero no caí.. soy fuerte... ahora mismo andaría un camino diez veces más largo, con la esperanza de verte. En fin, no hay que hablar de esto. Ya pasó el ahogo. (Levantándose.) Hoy, hoy no te irás, ¿verdad?

GONZ. Sí, Petrilla... esta noche... no hay más remedio...

PET. ¡Ah! ¿Te vas? ¡Cuando digo que éste (El corazón.) no me engañaba! De manera que si tardo en llegar...

GONZ. Hubiera esperado hasta mañana.

PET. ¿Pues para qué he venido? ¡Virgen del Carmen, cuándo acertaré! Dime, Gonzálo, ¿por qué tanta prisa? ¡Por Dios, no te vayas... haz cuenta que no me has visto... que estoy aun en el pueblo... que tienes que esperarme para despedirte de mí porque sin hacerlo, tú lo has dicho, no te irías... ¿Qué más te da? Un día sólo... ¿Se puede pedir menos que un día? Pensando en los muchos que

voy á pasar sin verte, sin hablarte, ¡me vuelvo loca! ¡Te digo quo me vuelvo loca!

GONZ. No creas que no sufro yo también, Petrilla... pero temo que nos sorprendan... aquí hay miradas fijas continuamente en nosotros... nuestro cariño es demasiado grande para que pueda permanecer oculto... ¡Si tu padre se enterase!... ¡Tiemblo por tí... por tí solo... el primer ímpetu sería terrible!

PET. Sí que lo sería, Gonzalo...

GONZ. Si estuviéramos lejos... solos... sin temores, viéndonos á todas horas; repitiéndonos de continuo lo que ahora sólo podemos decirnos á escondidas y de tarde en tarde... Entonces sería otra cosa!.. ¡Qué hermosa libertad, Petrilla de mi alma! (Acercándose á ella y cogiéndola una mano.) ¿No has pensado en ello?

PET. Solos... lejos... libres... algo de eso me has dicho ayer... No lo he soñado, ¿verdad?

GONZ. Sí... Te lo dije, pero tú no me contestaste...

PET. No te contesté, no... bien lo recuerdo... ¡Qué daño me hicieron tus palabras!... ¡Cuánto he llorado! ¿Por qué me dices eso?

GONZ. Porque esta situación es insostenible, Petrilla... ¿no lo comprendes?

PET. Cierto que es mala... muy mala. ¿Pero y la otra?... ¡Marcharme de aquí... abandonar esta casa... á mi padre... qué cosa más triste!... ¡Ir contigo! ¡Esto es muy hermoso... mucho... pero también es triste! No sé... el cariño que te tengo me ha afinado un poco, pero aun me falta mucho para comprender ciertas cosas... Y, á pesar de esta ignorancia, el corazón me dice que no debo hacer lo que me propones. ¡No te enfades, por Dios! ¡No me riñas!... Has dicho que esto es imposible que continúe así... Tal lo pienso yo muchas veces... pero ahora... ¡ahora no quiero pensarlo! Tiempo me queda cuando te marches, que no será hoy... hasta mañana no..; ¿eh, Gonzalo? (Cogiéndole las manos.)

GONZ. Hoy será, Petrilla... y tú vendrás conmigo...

PET. ¡No cedes, no!

GONZ. Te quiero mucho para ceder.

PET. ¡Mira, Gonzalo, que pides un imposible!

GONZ. ¿Acaso no eres mía?

PET. Eso sí... tuya... ¡Ah, no comprendo por qué te quiero tanto! Por ningún hombre sentí lo que por tí siento... Has hecho de mí otra mujer... Siempre fuí buena; siempre fuí honrada; y al principio de conocerte, ¿por qué ocultártelo? tú y tus amigos me inspirábais repugnancia más que otra cosa. Lo que decíais me sonaba mal. ¡Al entrar en esta habitación, en la que pasábais la noche jugando y bebiendo, sentía un malestar tan grande... unos deseos de que os marchárais benditos de Dios á vuestro Madrid! Cuando os veía, monte abajo, camino del pueblo, ¡qué regocijo! ¿Por qué te fuí queriendo hasta el punto de no poder vivir sin tí? ¿Cómo pude yo caer en tus brazos, hacerme tu esclava, olvidarme de mí misma, de mi pobre padre, que me guardaba como su único tesoro? ¡Y sí... me entregué á tí... me entregué!... Y ahora mismo me dices que lo deje todo por seguirte, y una cosa muy negra se me pone delante de los ojos, y no tengo fuerzas para rechazar por completo esa maldita tentación. ¡Me dices solos, lejos, en libertad para querernos siempre, y no puedo contener un ansia feroz de lograrlo, de seguirte!... Es la bocaza del pozo que me dice: tonta... ven... ven... ¿qué más te da? ¿Puedes ya perder algo? ¡Arrójate... arrójate! ¡No... no! ¡Te digo que no quiero, aunque me oigas estos disparates, aunque veas que me agarro á tí y que te abrazo! ¡No me creas, no, Gonzalo! ¡La verdad es que no quiero... que no quiero! (Se separa de él llorando.)

GONZ. Sí, Petrilla, sí quieres, pues no es posible que sintiendo por mí tanto cariño como dices me condenes al infierno de verte sólo de tarde en tarde, y no poder estrecharte contra mi corazón cuando te veo... Sí quieres porque tus ojos me dicen que sueñas con la misma dicha que yo... Y sabiéndolo, no te

dejo... ¡Eres mía! Por el amor me perteneces, y te llevo conmigo.

PET. Calla...

GONZ. Oye. (En voz baja.) Esta noche y sin dar cuenta á nadie de mi partida, saldré de aquí... Mientras los demás duermen, sales tú también... En el pinar te espero... Desde allí iremos juntos al pueblo... ¿Sabes? ¡Juntos!

PÉT. ¡Que calles, por Dios!

GONZ. En el pueblo no nos faltará un coche que nos lleve. Yo sé que no nos faltará... La distancia es corta. En tres horas estamos en Madrid...

PET. ¡En Madrid!...

GONZ. ¿Quién podrá entonces separarnos? ¿Es que dudas de mí?

PET. No... ¡Pero es imposible!

GONZ. ¡Te juro no vivir más que para tí siempre!... para tí sólo... Te espero, ¿verdad?

PET. No sé... ¡No! ¡Creo que no! Déjame, Gonzalo. Me atosigas. ¡Me matas! ¡No sabes lo que me pides!...

GONZ. Sé que irás...

PET. No... ¡no voy!... Créeme... ¡no voy!... Calla, alguien viene...

ESCENA V

DICHOS y LORENZO. Viste éste zamarra, y calza polainas. Trae una escopeta al hombro

LOR. Buenas tardes. (Mira recelosamente á Gonzalo y á Petrilla.)

GONZ. Buenas tardes... (¡Qué inoportunamente ha venido este bárbaro!) (Procurando disimular su agitación.)

LOR. ¿No está tu padre?

PET. No... ¿Querías algo?

LOR. ¡Bah!... No es cosa mayor. Decirle que ha caído un lobo.

PET. ¿Un lobo?

LOR. Sí... Junto al río... Ayer pusimos un cepo, y ha caído en él... Condenado animal. ¡Lo

que nos ha dado qué hacer! (Gonzalo se ha ceñido el cinturón, ha puesto en él cartuchos y ha cogido la jaula colocada sobre la chimenea.) ¿Va usted á las perdices? Al venir aquí las he oído cantar en el romeral.

GONZ. Pues allá voy. Hasta luego.

LOR. Vaya usted con Dios.

ESCENA VI

PETRILLA y LORENZO

LOR. (Pausa. Mirándola fijamente.) (¡Ha llorado! ¡Vaya si ha llorado!)

PET. (Por decir algo.) ¿Y es muy grande el lobo, Lorenzo?

LOR. ¡Muy grande... y duro como él sólo! El cepo le cogió una pata y á dentelladas quería partírsela el maldito para escapar... Ahora falta el otro, porque hay dos... Juan los ha visto... ¡Ya caerá!... Dime, ¿se marchan esta noche los señoritos?

PET. No sé. Nada han dicho... ¿Por qué lo preguntas?

LOR. Por curiosidad... Como ya llevan aquí tres días. Tú sentirás que se marchen, ¿verdad?

PET. ¿Por qué he de sentirlo?...

LOR. ¡Qué sé yo! Cosas que se le meten á uno en la cabeza!... ¡Y nada de particular tendría que lo sintieras.

PET. Pues lo mismo me da, Lorenzo.

LOR. ¿Sí?... Bueno... Eso será... pero no lo parece...

PET. ¿Por qué?... ¿Quién te ha dicho?...

LOR. ¿No tengo ojos? Pues el que los tiene, vé si mira...

PET. ¿Y tú qué has visto?

LOR. Quo cuando llegan te sale la alegría á la cara... Que al día siguiente de su marcha estás más triste...

PET. ¿Y qué consecuencias sacas de eso, Lorenzo?

LOR. La consecuencia... la consecuencia... ¡Mira

que no lo sé á punto fijo, porque cuando pienso en el caso me pongo fuera de mí! Ya se que no te gusta que te hable de esto, pero, puedo remediarlo? No sé ocultarte nada. Noche y día estoy dándole vueltas á la misma idea... Viendo esta tarde al lobo pensé que dentro de mí pasaba algo de lo que veía; quiero decir, que se me figuró que aquí dentro (*La cabeza.*) me han colocado un cepo como el que yo puse á la orilla del río; que pasó la idea y que quedó agarrada para siempre. Aunque se revuelve, no escapa, no; á cada sacudida más se hunden en ella las puntas de hierro..! ¡Y que duele de veras, Petrilla!... ¡vaya si duele!

PET. Pero te engañas, Lorenzo...

LOR. No me engaño, no... ¿Pues eres la misma de antes? Se conoce que has perdido la memoria. Antes tu cara tenía el color de una rosa, tus ojos brillaban como ascuas; tus labios sonreían siempre .. ahora estás pálida como la cera, y si tus ojos brillan no es de alegría. Brillan como los de un enfermo de fiebre... Sonríes algunas veces, pero es sonrisa que hace daño. ¡Que no eres la de antes, Petrilla! No es esto decirte que te hayas puesto más fea... No... No... Guapa lo estás siempre. Para mí al menos .. Para mí que no vivo más que pensando en tí... No... No es preciso que me digas nada... ¡Si sé de sobra que esto es una tontería! Mil veces me lo he repetido. ¿Por qué quererla tanto si ella no te quiere, Lorenzo? ¿No hay más mujeres en el mundo? ¡Claro es que las hay! ¿Eres tú algún animalucho raro que espante? ¡No lo eres, Lorenzo! Y si bien se mira, vales más que cualquiera de esos señoritos de Madrid... Y si llega la ocasión y alguno se te pone delante, de un puñetazo le haces polvo... ¡así, como se dice, polvo! Pues nada, que me digo esto á todas horas y no me convenzo. Y que resulta que para mí no hay más mujer que tú... ¡No hay otra, Petrilla!... ¡Dime ahora si has conocido hombre más necio que yo!

PET. Lo que dices me hace daño... Repito que te engañas...

LOR. ¡Esta es buena! Me engaño, ¿eh? Pues, mira, á mí no me duelen prendas, y si no te enfadas, te digo ahora mismo por qué no me quieres. ¡Ea!... ¿te lo digo?

PET. (Con temor.) Dirás algún disparate...

LOR. Disparate ó no... ¿lo digo?

PET. Haz lo que quieras.

LOR. Pues, nada, que yo no te hago gracia, porque te la hace otro...

PET. Lorenzo...

LOR. Y ese otro... allá va... Es el que acaba de marcharse de aquí... Vamos, don Gonzalo...

PET. ¡Don Gonzalo!... ¡Cuando yo decía!...

LOR. Claro es que tú no me lo vas á confesar á mí, como tampoco á tu padre; señal de que comprendes que en esto hay algo malo... No quisiera ofenderte, pero con toda franqueza te lo digo: para mí que ese cariño te va á dar que sentir... Hay que temer á esa gente, Petrilla... ¡Cuando le veo á tu lado, se me antoja que veo á un lobo engañando á una oveja para devorarla á gusto, y á veces me dan intenciones de arrojarme sobre él y ahogarle! Se me ha metido en la cabeza la idea de que se perdería muy poco...

PET. No sabes lo que dices. ¡Tú no harás eso, Lorenzo! ¡Ni lo piensas siquiera!... ¿Por qué habías de pensarlo? ¡Sería horrible!... ¡Matar á un hombre!... ¡Por Dios, que no vuelvas á pensar en ello, ni me lo digas!...

LOR. ¿Lo ves?... ¡No puedes ocultarlo! ¡Le quieres!... ¡Le quieres!...

PET. No... ¡Pero me das miedo! ¡Estás loco!... ¡Te digo que estás loco!

LOR. Loco por tí... es verdad... Porque tú correspondieras á mi cariño, daría toda mi vida, toda mi sangre. No sé por qué, pero desde chico te consideraba como cosa mía. ¡Hemos vivido juntos tantos años!... ¿Te acuerdas del día en que nos pilló la tormenta en medio del monte? ¡Qué miedo el tuyo! A cada relámpago te santiguabas; pero eran

tantos, que ni á cruz salían... En cuanto la vista alcanzaba, ni una mala casuca, ni un árbol... Era la media tarde y apenas si veíamos á veinte pasos. De ver que tenías tanto miedo, casi llegué yo á sentirle... «Corramos, corramos», decías... y ni un paso acertabas á dar... Te agarrabas á mí pálida, temblorosa, calada hasta los huesos... Entonces me quité yo la zamarra, te la eché sobre los hombros... y te cogí en mis brazos... y así te traje á casa... La humedad de tus lágrimas y el calor de tu cuerpo me hicieron hombre... ¡Aquel día empecé á quererte de otra manera que antes! ¡Cuánto me ha hecho sufrir este cariño! ¡Cuánto dudé antes de declarártelo! ¿Y por qué te lo dije, si habías de contestarme con aquella mirada y aquel gesto que tengo clavados aquí!... Bien, bien recuerdo tus palabras... «Lorenzo, eres un loco... Yo te quiero, te quiero, sí... pero no de ese modo... te quiero como á un hermano.» ¡Como á un hermano!... ¡Si no era eso lo que te pedía!... ¡Como á un hermano!... Guárdate ese cariño... ¡Y todo por ese hombre!...

PET. ¡Qué afán!... ¿Debía engañarte?...

LOR. No... no debías... Y entonces dijiste verdad... Ahora es cuando no la dices.

PET. Tampoco... (Confusa.)

LOR. ¿No? ¡Pues júrame por la memoria de tu madre que no mientes!... Vamos... júramelo... te creo buena, y con eso quedaré más tranquilo.

PET. Ya te he dicho...

LOR. Decir, no es jurar... ¡Y yo quiero que me lo jures!

PET. Lorenzo... Déjame... No me mortifiques...

LOR. ¿Lo ves? ¡No te atreves, no!

PET. Quiero que por mi sola palabra me creas...

LOR. ¡Pues pides demasiado, porque no te creo!

ESCENA VII

DICHOS y PABLO, foro; se detiene

PAB. ¿Qué, disputábais?

PET. No...

LOR. No, señor Pablo. (Transición.) Vamos... pues, sí... ¿Por qué callar más tiempo?...

PET. Pero...

LOR. ¡Ea! No sé fingir, señor Pablo... Usted ha sido un padre para mí, y no está bien que yo le oculte ciertas cosas... Hace muchos días que estoy dándole vueltas á esta idea... y nada... ¡que no callo más tiempo! (Pablo se sonríe y le pone una mano sobre el hombro.)

PAB. Pues, mira; también hace muchos días que yo estoy esperando á que tú te decidas á decírmelo...

LOR. Señor Pablo... (Sorprendido.)

PAB. No te amilanes, hombre, que es cosa de risa ver con tan pocos ánimos á un mozo como un castillo... Y no bajes tú la cabeza, Petrilla, que no hay deshonra alguna en que yo lo sepa...

PET. (¡Dios mío!) (Pablo les mira con satisfacción.)

PAB. ¡Ea!... ¿Nada tenéis que decirme? ¡Y qué vergonzosos os ha hecho Dios, hijos! Si no me asombra el caso. ¡Los dos sois jóvenes, buenos y sanos de cuerpo y alma! Hace tiempo que noto que tú no eres el mismo de antes, Lorenzo... Ni tú tampoco, Petrilla... Y, ¿quién sino el cariño transforma en cobarde y receloso á un hombre alegre y roba á una cara de mujer bonita, criada al sol, sus colores y su sonrisa? Tan en ello estaba, que, atento á vuestra tranquilidad en el porvenir, intenté un paso que, por fortuna, salió bien, y que no dí hasta ahora por falta de ocasión...

LOR. ¿Y qué es ello, señor Pablo?

PAB. Ello es... Dime, Lorenzo... ¿Te agrada que Petrilla esté aquí? ¿No preferirías que fuéra-

mos á otro sitio donde no oyera lo que aquí oye, ni viera lo que aquí ve, entre estos locos que vienen de Madrid de cuando en cuando, y á los que tenemos que guardar respeto porque son los amos?

LOR. Tiene usted razón. ¡Gran cosa sería poder dejar esto!

PAB. Aunque de humilde condición, procuré siempre que mi hija se educase lo mejor posible. Lo que en la escuela del pueblo puede aprenderse, lo aprendió ella. Manías dicen por ahí que es esto, sino es orgullo... pero cada cual se entiende, y desde joven tuve yo estas ideas. Por eso me mortifica lo que aquí pasa. Viví tranquilo hasta que por muerte del señor Marqués pasó este monte á manos de su sobrino, que lo arrendó á esta Sociedad, en la que hay más malo que bueno, y no puedo acostumbrarme á que Petrilla se roce con esos mozos que hasta en presencia mía la requiebran groseramente... ¡No hay aguante posible!

LOR. ¡No le hay, señor Pablo!

PAB. Dios me perdone, pero algunas veces he sentido deseos de echarme la escopeta á la cara y disparar sobre alguno... La nube pasaba pronto... No valen el tiro que se gastaría para matarles... No le valen.

LOR. En eso no estoy yo tan conforme como en lo otro...

PAB. Calma, que no estaremos aquí mucho tiempo.

PET. ¿Qué dice usted padre?

PAB. Muy sencillo. Que por todo lo dicho, he solicitado la plaza de guarda mayor de La María.

LOR. ¿Del monte de don Federico Zamora?

PAB. Justamente.

LOR. ¿Y se la han dado á usted?

PAB. Claro que sí... allí estaremos como en la gloria. El amo va de tarde en tarde, y casi siempre solo ó con amigos de su edad, gente formal y de poco ruido... Figuraos, pues, mi alegría, cuando hace un instante me dieron

la noticia... Nada... Que hoy nos despediremos de estos señores, y lo antes posible nos trasladamos allí... Y después... ¿Eh? (Riendo.) ¡Pareja más linda no la he visto jamás!

LOR. Sí, señor Pablo, no la haríamos mala... Digo yo que no... Pero no la haremos...

PAB. ¿Qué dices, Lorenzo? (Sorprendido.)

LOR. Pues... que está usted... equivocado... Que no hay tal noviazgo, ni tal cariño, ni nada de lo que usted ha dicho...

PAB. ¿Cómo?... Y yo... (Pausa.)

LOR. No, señor, no hay nada .. Pero no crea usted que la culpa es mía, ella es la que no quiere...:

PAB. Pero... ¡Señor, tan seguro estaba de acertar que casi no lo comprendo!... ¿Tú no le quieres, Petrilla?

PET. Padre... Reconozco que es muy bueno. Le tengo cariño, sí... pero.

LOR. Pero es cariño de hermanos... De ahí no pasa... ¡y como usted comprende, los hermanos no pueden casarse... que es lo que yo deseaba, y usted también por lo visto!

PAB. Bien. No te pido razones. (A Petrilla con tristeza.) Para querer ó no querer no hay ninguna... Ni tampoco he de violentarte. No hablemos más de ello (Se sienta contrariado junto á la chimenea.)

LOR. (¡Ganas me dan de decirle! Pero no... ahora parecería venganza!)

PAB. De todos modos, mi resolución sigue siendo la misma en lo que se refiere á cambiar de sitio... Lorenzo, como hijo te quise siempre... ¿Seguirás viendo en mí un padre, después de lo sucedido?

LOR. Señor Pablo... ¡qué preguntas hace usted!... Siempre seré el mismo.

PAB. ¿Y no dejarás de vernos?

LOR. ¡Que no señor! Muy ingrato me supone usted.

PAB. Es que tal vez ahora te será doloroso ver á Petrilla... Por eso te preguntaba...

LOR. Más doloroso me sería no verla... á pesar de lo desengañado que estoy si paso un día sin

mirar su cara, ¡vamos, que aquella noche parece que me ponen espinas en la cama, y ni por casualidad cierro los ojos!... ¿Que no me quiere por marido? Pues hermanos seremos, hermanitos, aunque esta hermandad es cosa que á ratos me quema la sangre. Y ahora, si usted no me manda nada, voy á ver los cepos... Esta mañana cayó un lobo...

PAB. Y, ¿dónde está?

LOR. A casa de Juan le llevé por ser el sitio más cerca.

PAB. Pues voy contigo, y al pasar le veremos...

LOR. Como usted quiera... Adiós, Petrilla.

PET. Adiós, Lorenzo...

PAB. Hasta luego, hija mía...

LOR. (Al salir.) (¡No... no le digo nada! Tendré que decírselo... pero ahora no!) (Vanse Pablo y Lorenzo, foro.)

ESCENA VIII

PETRILLA

¡Me vuelvo loca!... Nos vamos... Muy pronto... ¡Tal vez hoy vea á Gonzalo por última vez!... ¡Por última vez!... ¡Y luego, días y meses y años... y una eternidad, y su imagen siempre aquí!.. (Oprimiéndose la frente.) ¡No poder arrancarme las ideas y no poder verle! ¡Oh... Dios mío... Dios mío! ¡Hay algo en mí que se rebela! ¿Han dicho que yo no voy á verle más? ¿Y quién tiene tanto poder para lograrlo?... Mi padre... ¡No... ni mi padre siquiera! ¡Dios sólo, si me mata... porque si no me mata también le veo! ¡Soy suya... me domina! ¡Perdón, padre, perdón! ¡Pero él puede más que tú!... ¡No debiera ser así... pero puede más.

ESCENA IX

PETRILLA y GONZALO, foro

GONZ. Petrilla... Habla pronto. El doctor viene tras mí... ¿Te has decidido?

PET. Gonzalo... Gonzalo... Por tu madre, por lo más sagrado que para tí exista, júrame que me quieres mucho ¡necesito que me lo jures!

GONZ. ¡Con toda el alma! ¿Te espero?

PET. ¡Sí!... ¡Tuya soy!... ¡Tú verás lo que haces de mí! (Telón Rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete lujosamente amueblado en casa de Gonzalo. Puerta al foro y á derecha é izquierda. En la derecha un balcón

ESCENA PRIMERA

ARIAS, HINESTROSA, sentados el primero en un sofá, en una butaca el segundo. El DOCTOR PRIETO, que al levantarse el telón entra por el foro

DOCTOR ¡Ah, señores! Tanto gusto en verles... ¿Cómo aquí tan de mañana?

ARIAS Pura casualidad, por lo que á mí se refiere. Lo hermoso del día me animó á dar un paseo por la Castellana... Sintiéndome algo cansado entré en el hotel para tomar alientos y dar á Gonzalo los buenos días... Cuando llegué ya estaba aquí Hinestrosa.

HIN. Yo pasé la noche en la redacción. Me acosté al alba y no me fué posible conciliar el sueño, por lo que salí á despejar mi cabeza. ¡Son tan hermosas estas mañanas de Mayo!

DOCTOR Pues como den ustedes en cumplir los preceptos de la higiene y en cuidar el cuerpo... mal negocio vamos á hacer los médicos... En fin, siempre quedará algún incorregible... Gonzalo, por ejemplo, ¿á que no se ha levantado aún?

ARIAS Haciéndolo está ahora según nos ha dicho un criado.

HIN. Y, mire usted, doctor, si es verdad lo que se

dice me parece que también ese cliente va á buscar mejor medicina que las que usted receta, con ser estas tan maravillosas.

DOCTOR ¿Y qué medicina es esa, si no es indiscreción preguntarlo, amigo Hinestrosa? Como amante de mi oficio me gusta estar al tanto de los descubrimientos modernos y conocer las fuerzas del adversario que me roba los clientes.

ARIAS Es remedio ya antiguo y suele curar antiguos vicios de gentes calaveras y disipadas.

HIN. Y algunas veces alivia otras necesidades, amigo Prieto. (Con intención.)

DOCTOR Pues díganlo de una vez que ya estoy impaciente.

ARIAS En dos palabras: Gonzalo se casa.

HIN. ¿No lo sabía usted?

DOCTOR Algo he oido, pero sin que nadie lo diera como seguro.

ARIAS Pues ello será. No lo dude usted.

HIN. Y que es gran boda la que hace nuestro amigo... Calcule usted. Una lindísima muchacha de veintidós años, que además de sus gracias personales lleva á su marido la friolera de un millón de pesetas como dote. Claro es que esto último, tratándose de hombre tan desprendido como es Gonzalo, nada significa... pero nunca estorba. (Con intencion maliciosa.) ¿Verdad? ¿Usted no conoce á Rosarito Alcázar?

DOCTOR Habré hablado con ella un par de veces, y no muchas más con su padre...

ARIAS ¡Ah! ¡El bueno de don Salustiano! Ahora maneja grandes fortunas y hace veinte años manejaba la escoba en algunos comercios de Madrid.

HIN. Pero no me negarán ustedes que es un gran hombre. Ya que no como soldado como contratista, al menos, hizo prodigios en la última guerra civil. Si don Carlos no desiste á tiempo de sus pretensiones, don Salustiano se queda con media España.

ARIAS He ahí un hombre feliz,.. Faltábale un título para su hija y ya ven ustedes como ha sabido encontrarle..

DOCTOR Pero, pregunto yo. ¿Gonzalo ha dicho algo de este asunto? ¿La boda es realmente un hecho?

HIN. Aunque á usted le moleste, sí, señor:.. y digo aunque á usted le moleste porque así lo creo.

DOCTOR Y cree usted bien, Hinestrosa. Interés personal no tengo en ello, mas...

ARIAS Sí. Comprendido. ¿Piensa usted en Petrilla?

HIN. Realmente es digna de lástima... Efímero ha sido su reinado... En fin, estas son cosas que suceden fatalmente... Lo peor es que ella ignora lo que fragua su gentil amante.

ARIAS ¡Verdaderamente Gonzalo es un caprichoso sin juicio... abandonar (porque claro es que la tendrá que abandonar) á una chica tan guapa que llama tanto la atención!

HIN. Pues allá en el monte no le gustaba á usted, Arias... Recuerdo habérselo oido...

ARIAS En el monte era otra, amigo mío.

HIN. ¡Y usted, querido doctor, pensaba que este suceso pudiera tener un desenlace distinto al que le prepara Gonzalo!... Estos sabios resultan á veces de una candidez extraordinaria.

DOCTOR Señores... No nos burlemos de la desgracia. El desenlace de que usted habla, en una reunión de casino podría ser motivo de una conversación alegre; á una conciencia honrada le sirve de pena. Y si Gonzalo hace lo que ustedes dicen comete la mayor ignominia de su vida.

HIN. ¡Qué exagerado es usted!

DOCTOR (Con energía.) Robara Gonzalo cinco duros y ninguno de ustedes le saludaría. Roba una hija á su padre, porque robo fué el suyo, y antes que perder gana en el concepto de ustedes. ¿Qué significa esto? Que ni en veinticinco pesetas tasan ustedes el valor de una mujer ni la honra de su padre.

ARIAS Hay que distinguir. Los casos que usted cita no son iguales.

DOCTOR No hay sofisma que valga; es lo que digo.

ARIAS (Por el camino que llevamos sermón tene-

mos.) Con permiso de ustedes yo me retiro. Saluden ustedes á Gonzalo en mi nombre.

HIN. Le acompaño á usted, Arias. Nuestro amigo debe de estarse haciendo una *toillete* complicadísima. Querido doctor, hasta la vista.

ARIAS Y vea de consolar á esa pobre muchacha. Usted es ducho en estos negocios.

DOCTOR Adiós, señores. (Vanse Arias é Hinestrosa.)

ESCENA II

EL DOCTOR PRIETO

¡Necios!... ¡Fatuos!... ¡Ah! ¡Qué difícil es vencer el mal! Ya que Dios puso en mí el fuego de la caridad cristiana, ¡por qué no me dió las fuerzas para triunfar! Cuentan otros las victorias que consiguieron seduciendo doncellas, atropellando honras, robando mujeres casadas á sus hogares, ¡qué larga es la lista! Cuento yo mis triunfos sobre almas torcidas y cerebros extraviados... ¡y qué poco cuento! ¿Seré yo el loco? Empiezo á dudar, y la duda es la caída... ¡No; luchemos hasta el fin!... ¿Quién sabe?...

ESCENA III

DICHO y GONZALO derecha

GONZ. ¡Ah! doctor! No sabía que estuviera usted aquí. (Estrechándole la mano.) Me dijeron solamente que Arias é Hinestrosa.

DOCTOR Aquí estaban cuando yo llegué, pero cansados de esperar se marcharon hace un momento.

GONZ. Vayan con Dios... y hablemos de usted. Hace tiempo que no le veía.

DOCTOR Pues aquí he estado varias veces.

GON. ¿Sí?

DOCTOR Sin conseguir verte... Paras poco en esta casa ahora.

GONZ. Muy poco, es verdad.

DOCTOR Por eso vine hoy tan de mañana. Deseaba verte.

GONZ. (Ya no hay escape.) ¡Ea!... pues ya me tiene usted aquí. ¿Tenía algo que decirme?

DOCTOR Sí... Verás que pronto concluyo, Gonzalo. ¿Es verdad lo que la gente asegura?

GONZ. ¿Y qué es ello?

DOCTOR Que te casas.

GONZ. Más pronto ó más tarde había usted de saberlo...

DOCTOR ¿De modo que afirmas?

GONZ. Sí... me caso. ¿Dice algo más la gente?

DOCTOR Decir, no sé... Pensar, sin duda.

GONZ. ¿Y qué supone usted que piensa?

DOCTOR Que te vendes.

GONZ. ¡Prieto!

DOCTOR Preguntaste; respondí. Procura tú ahora no dar motivo para esos malos pensamientos.

GONZ. ¡Ay del que se atreva á decírmelo cara á cara!

DOCTOR Cara á cara no te lo dirá nadie, pero en voz baja y al oído del que quiera escucharlo lo hablarán todos. No echemos bravatas porque te metes en mal empeño. Dos caminos te quedan; el primero aguantar; el otro...

GONZ. Escarmentar á uno para que los demás escarmienten.

DOCTOR No; el otro es no casarte. El más sencillo, el más noble, y, ¿por qué no decirlo? el más honrado.

GONZ. ¿Y qué deshonra puede haber en mi matrimonio? (Altivo.)

DOCTOR Gonzalo, dejémonos de palabras huecas y tratemos las cosas como se debe.

GONZ. Eso quisiera, pero con usted es difícil.

DOCTOR Más fácil de lo que imaginas. Vamos á ver. ¿Qué puede ver el mundo en tí? Un hombre arruinado que busca una dote, como tu novia ó su padre, es lo mismo, busca en tí el título con el que su ridícula vanidad sueña hace tiempo. ¿Estás seguro de que te quieren por tí mismo? ¿Estás seguro de querer á Rosario por lo que es, independientemen-

te de lo que poseee en fincas, metálico y otros valores? No pretendamos que la comedia se tome como verdad; puede el público pasar por la ficción y aplaudirla como tal. Pedir otra cosa es pedir un absurdo. Exige á la sociedad que admire tu destreza de comediante, no tu honradez de hombre... Gonzalo, para ser como Don Quijote, no basta ser loco, hay que ser grande también. Quítale la grandeza y quedará ridículo.

GONZ. Algo de eso he pensado, ¿pero puedo hacer otra cosa?

DOCTOR Ya te he dicho que sí.

GONZ Y yo digo que pide usted un imposible. Sí... Es cierto: estoy arruinado. Tengo deudas... ¿Sabe usted lo que esto significa para mí? La miseria; el trabajo, y con él el desprecio de mis amigos... ¡Que no puede ser, doctor!

DOCTOR ¿Tú qué sabes? ¿Has probado tus fuerzas?

GONZ. Delas usted pór probadas. Sé que valen poco. Por mi camino voy... Bueno ó malo es el único. Y realmente usted exagera como de costumbre. Supongamos que lo que yo hago es una venta de mí mismo. ¿No ha dicho usted una venta? Pues acepto la palabra... Todos los días tropezamos con un caso igual y nadie se asusta ni se escandaliza ni considera deshonroso el trato... Se habla un poco del asunto, pero se olvida pronto. Y estas pequeñas murmuraciones, ¿qué pueden pesar en la balanza de la dicha? Nada, Prieto, nada; que no es usted de este siglo ni de esta sociedad, y aunque algunas veces parece que tiene usted razon, en cuanto se profundiza un poco y se miran las cosas con calma, resulta usted fuera del marco de nuestras costumbres. Quiere usted tıansformar en limpio cristal un mundo hecho de barro. ¡Quiere usted un imposible!

DOCTOR Después de oirte no insistiría si una circunstancia especial no me obligase á ello. Enhorabuena que hicieras lo que te propones si nada dejases tras de tí... ¡Pero es que dejas algo! ¡Que no eres libre!

GONZ. ¡Que no soy libre! ¡Por Dios, doctor, que ya es tenacidad!

DOCTOR ¡No lo eres, Gonzalo! La libertad ó la esclavitud no la imponen solamente las reglas ó conveniencias sociales, sino también los actos que no tienen más juez que la propia conciencia. Con pocos pasos que des en esta casa encontrarás algo que coarte tu libertad...

GONZ. Ya sé .. Petrilla... ¿se refiere usted á ella?

DOCTOR. A ella me refiero. Ya se ha cumplido un año del día en que suponiendo dónde iban tus intenciones te pregunté: ¿Qué piensas hacer de esa joven, Gonzalo? Pronto se vió lo que pensabas, y bien sabe Dios que una de las amarguras más grandes de mi vida es no haberlo podido evitar. Eres diestro para el mal... Aquella pregunta te la repito ahora: ¿Qué harás de Petrilla?

GONZ. ¡Y qué quiere usted que haga! (Con disgusto.)

DOCTOR Tendrás que decirla que vas á casarte, y que, por lo tanto, vuestras relaciones quedan rotas; que abandone esta casa que ha de ocupar otra mujer; que procure olvidarte, si puede; que se trague sus lágrimas, y en último caso, que se muera de dolor, porque todo ha sido un sueño del que no queda más que tu cansancio y su deshonra... ¿Eso le dirás á Petrilla? ¿Pero podrás hacerlo?

GONZ. No se lo diré en esa forma tan ruda, pero será preciso que lo comprenda. Claro es que al decidir casarme pensé en esa dificultad... Cierto que la empresa es ardua... Nada sospecha de lo que sucede... Habrá muchas lágrimas, mucha desesperación, el desconcierto propio de tales lances... Pero, la verdad; en amor, como en todo, soy algo excéptico... Pasará la crisis; vendrá la calma... Y en fin, es preciso... Ya es tarde para retroceder, y aunque sobrara tiempo no retrocedería.

DOCTOR De modo, ¿que estás resuelto?

GONZ. Ya dije que sí... Buscaré una ocasión oportuna. Ya se presentará... ¿Queda otro recurso?

DOCTOR Si ni tú corazón ni tú conciencia te le dan; razón tienes, no queda ninguno. (Pausa. Gonzalo llama tocando un timbre; se presenta un criado por la puerta del foro.)

GONZ. ¿Y el coche? (Al Criado.)

CRIADO Abajo espera al señor.

GONZ. Mi sombrero y mi bastón. (Vase el Criado que vuelve poco después con lo que Gonzalo le ha pedido. Gonzalo empieza á ponerse los guantes.)

DOCTOR ¿Vas á salir?

GONZ. Tengo que hacer... No tardaré mucho en dar la vuelta. Esto no es echarle... Si quiere usted quedarse...

DOCTOR Sí... Me quedo. Veré á Petrilla.

GONZ. ¡Ah!... Bien... Como usted quiera... (Tal vez este sabio me facilite el camino.) (Coge el sombrero y el bastón de manos del Criado. Este se retira de nuevo.) Entonces, hasta después ..

DOCTOR Anda... Con Dios iba á decir, pero no querrá *El* ir contigo.

GONZ. En serio, y como última palabra, Prieto. Júzgueme como quiera, pero créame. Dadas las circunstancias en que me encuentro solo dos caminos me quedan. Casarme..., venderme, como usted dice, ó pegarme un tiro... ¿Qué hacer, pues?

DOCTOR Lo segundo...

GONZ. Es muy duro quedando el otro medio...

DOCTOR Cierto... cásate... (Con desprecio. Vase Gonzalo, foro.)

ESCENA IV

EL DOCTOR PRIETO, después PETRILLA por la puerta de la izquierda.

DOCTOR Gonzalo, creí que te faltaba el corazón; que de tal modo te faltase la vergüenza no lo pensé nunca. Por duro que sea, preciso es advertir á esa infeliz...

PET. ¡Ah!... ¡cuánto me alegro de verle! (Estrechándole las manos.) Me tenía usted olvidada...

DOCTOR No, hija mía... Y ¿cómo estás? á ver... (Mi-

rándole la cara.) No hay en esa cara los colores que yo quisiera...

PET. ¡Qué bueno es usted para conmigo! ¡El mejor hombre del mundo!.. El que más quiero, después de Gonzalo y de mi padre... ¡De veras que no merezco el interés que usted se toma por mí! ¡No soy digna de él!..

DOCTOR ¡Pobre Petrilla!

PET. ¡Y si viera usted lo que yo se lo agradezco! No sé explicarme bien; pero cuando una es mala como yo lo soy; mala, sintiendo el ansia de ser buena, mezclando á la dicha del amor los tristes recuerdos del pasado, no hay regocijo mayor que el encontrarse con quien le trata á una con el cariño, con la consideración que solo se deben á las mujeres honradas, á las que no han hecho lo que yo. ¡Y esto da una esperanza tan grande!... Es un pedacito azul del cielo que se ve desde abajo... ¡desde muy abajo! ¡Ah! No todos son iguales... ¡no todos hacen eso!

DOCTOR ¿Por qué hablas así? ¿Es que te ha ofendido alguno? Tal vez el mismo Gonzalo...

PET. ¡No por Dios!.. Gonzalo me quiere... Yo creo que me quiere más cada día, ¿verdad?... Y tengo una prueba... ¡Vaya si la tengo!...

DOCTOR ¿Cual es, Petrilla?

PET. Pues nada, que antes de anoche tuve un sueño hermosísimo. Me dió por soñar dichas, como otras veces me da por soñar tristezas... Caprichos de los nervios que parecen chiquillos alborotados. A veces quiere una contenerlos... ¡Afán inútil! La señora razón, oficiando de mamá, pone la cara muy sería. ¡A ver, quietecitos, que me marea el barullo!... ¡Como si nó!... Ellos siguen en sus trece... Y es, que mi razón es como una mamá muy joven que acaba por echarse al suelo á jugar con los pequeñuelos... ¡No... no sirve para tener mucho rato la cara fosca!

DOCTOR Bien, ¿pero ese sueño?

PET. Ese sueño... verá usted. Aunque le he dicho que era muy alegre, esto fué después... al

principio era triste, mucho... Figúrese usted que yo no sé por qué razón me encontraba en el camino que lleva á mi casa. Y llorando... Sí, señor, lloraba mucho... Había salido á pie de Madrid con intención de ir á casa de mi padre. Sin gran dificultad anduve la mitad del camino, pero al llegar allí, una piedra muy grande arrojada no sé por quién, ni de dónde, cayó sobre mi pecho. Tan rudo fué el golpe que me hizo rodar por tierra, y allí me quedé, sin que á pesar de los muchos esfuerzos que hice pudiera librarme de la carga. Y, sin embargo; necesitaba yo llegar á mi casa. ¿Por qué? No lo sé; pero si no llegaba me moría de fijo. En tan crítica situación me encontraba cuando oí ruido en el pinar... alguien venía... Llamé muy bajito, porque ni fuerzas tenía para gritar, pero fué bastante para que me oyera el que venía... Ví una sombra que se acercaba rápidamente. . Conforme avanzaba la sombra se hizo un hombre, y el hombre era Gonzalo... Sí, señor, Gonzalo... Y aquí empieza lo alegre del sueño.

DOCTOR (¡Pobre muchacha!)

PET. Lo recuerdo todo perfectamente; al principio nos miramos sin hablar palabra... Creí notar que le causaba mucha pena verme en tal estado. Por fin, llorando, pero no ya de dolor como antes, sino de alegría le dije... Mira como estoy: quiero ir á mi casa... No puedo moverme... ayúdame... Y él entonces se acercó aún más, y ¡cosa increible! sonriendo y sin el menor esfuerzo separó la maldita piedra, que debía pesar... ¡qué se yó.... mucho, pero mucho!... Estrechome después en sus brazos y me dijo al oído... «Levántate, pobrecita. Vamos los dos juntos...» Y como varita mágica que en los cuentos de brujas deshace el hechizo, apenas pronunció Gonzalo las palabras que digo, sentí que mis miembros recobraban nueva vida; que desaparecía el ahogo; me levanté de un salto, y arrastrada por él, que me co-

gió de un brazo, me dirigí á mi casa gritando. «¡Padre, padre de mi alma... Soy yo... somos nosotros que volvemos!...» ¡Ah... Dios me había oído!... Y me enviaba á Gonzalo... porque sin él... sin él yo no podía ir... ¡Necesitaba que libertase mi pecho de la horrible carga de la piedra... y que fuera conmigo! ¿Comprende usted?

DOCTOR Sí, hija, sí. (Tristemente.)

PET. Mi padre no respondía á mis voces, y yo dejé de darlas cuando llegamos á la puerta de la casa. Allí me detuve. Sentía miedo... Conociolo Gonzalo, y me dijo... «anda, Petrilla; ten valor que ya falta poco;» animáronme sus palabras y entré... ¿A que no sabe usted quién fué el primero que salió á recibirme? El pobre Canelo, que me conoció en seguida, y echose de patas sobre mí.... Mire usted, desde que entré en el zaguán y olí á lo que allí huele... y sentí los abrazos del perro, porque eran abrazos como los que puede dar una persona, fuí yo otra mujer distinta... ¡respiraba más á gusto! Y ví á mi padre... como le estoy viendo á usted. Junto á la lumbre dormía, y aun á los reflejos de las llamas resultaba pálido, muy pálido... ¡Qué tristeza en su cara!... ¡Mi pobre viejo!... A la primera mirada que le dirigí, se me quitó el miedo. ¡Si me mata, que me mate, pero un abrazo sí que le doy ahora mismo!... pensé. Y sin más dudas corrí á él... Y calcule usted su gesto cuando al despertar de repente, se encontró con mi cara junto á la suya, con mis brazos enlazados á su cuello, y con mis lágrimas que rodaban por sus mismas mejillas, cual si de sus ojos brotaran! Al principio, sólo me vió á mí, y repuesto un poco, me apartó con un ademán de indignación profunda... Pero ya Gonzalo se había acercado, y cogiéndole una mano se arrodilló á sus plantas. Si entre los tres se cruzó alguna palabra no lo recuerdo; pero lo que sí sé es que la expresión de mi padre fuese dulcificando, que

por sus mejillas corrieron lágrimas, que ya no eran las mías, sino las suyas, que sus brazos se abrieron, y que fuí á ellos, no por sorpresa, como antes, sino porque él lo quería... porque me llamaba... sí, señor, me llamaba... Y este es mi sueño.

DOCTOR Tu sueño... Bien... Hablemos ahora de la realidad y dime... ¿Estás contenta? ¿Eres feliz? ¿No recuerdas tu dicha de otra época, tu existencia tan distinta de la de ahora?

PET. ¡Ya lo creo!

DOCTOR ¿Y no desearías recobrar tu libertad? ¿Volver al monte junto á tu padre? Dí... lo que sientas.

PET. ¿Sin Gonzalo? (Mirándole fijamente.)

DOCTOR Sin él... sí.

PET. ¿Ahora?

DOCTOR Ahora.

PET. Sin haberle conocido, ¿verdad?

DOCTOR O conociéndole como le conoces.

PET. ¡Ah!... Entonces, no...

DOCTOR ¿No piensas que tal vez la dicha que puedas tener está allí?

PET. ¿Lejos de Gonzalo?... ¡No... no lo comprendo!

DOCTOR ¡Que tu padre acaso desea que vuelvas á él!...

PET. ¿Pero no ha visto usted que ni aun en sueños puedo ir sola!

DOCTOR ¡Mira que aquí arriesgas mucho!

PET. Lo arriesgo todo. ¿Qué más puedo perder?

DOCTOR Lo que quizás no esperas.

PET. ¿Cómo?

DOCTOR Si Gonzalo se cansara de tu cariño, si te abandonara...

PET. ¡A mí!... ¡El! ¡Faltarme el cariño de Gonzalo!... La puñaladita ha ido derecha al corazón...

DOCTOR No hablemos más de esto, Petrilla... (Infeliz... no puedo... no sirvo.)

PET. (Con gran ansiedad y dejando á su pesar crecer la duda que las palabras del Doctor han despertado en ella.) ¡No hablar más de eso!... ¡Como si fuera posible ahora!... ¡Como si no comprendiera yo

que usted ha dicho... lo que ha dicho con alguna razón poderosa!... ¡Hay algo! ¡Algo que usted no se atreve á decir, y cuando no se atreve!... ¡Ah!... pero hay que seguir adelante... hay que concluír, no hay que tenerme lástima. Como si por miedo al dolor que al enfermo le causara, retrocediera usted ante una operación dolorosa de la que dependiere la salvación de su vida... Empezó usted, es menester que concluya. ¿Qué ha visto usted en Gonzalo para pensar que puede abandonarme? ¿Qué sabe usted para decírmelo?

DOCTOR Petrilla... calma.

PET. ¡No... si ahora soy yo la que busco, la que inquiero, la que necesito saber!... ¡Y he de saberlo! Gonzalo... Gonzalo... me engaña... no me quiere. Ya tengo el valor para pensarlo... un poco más y lo tendré para creerlo; me engaña... ¿verdad?... y usted lo sabe y puede probarlo... y va á decírmelo... (Viendo que el doctor baja la cabeza y no contesta) ¡Bueno! A decirlo no se atreve usted, pero calla; para el caso como si lo dijera. ¡Me engaña! ¡No me quiere!... (El dolor es más fuerte que ella y á su última frase sigue un sollozo que ahoga en seguida.)

DOCTOR ¡Petrilla! ¡Hija mía! (Avanzando hacia ella.)

PET. No, si no es nada... Aun puedo aguantar más. ¡Parece mentira que se tengan tantas fuerzas! ¡pero cuántas se tienen! Ahora hay que llegar al fin... Llegaremos, llegaremos. No... Si usted no va á tener que hacer esfuerzo alguno. Con que me responda basta. Vamos á ver. ¿Qué le aparta á Gonzalo de mí? ¿Es solamente el cansancio que ya le produce mi cariño? ¡Ya ve usted si es bien sencillo contestar á esto! ¿Hay otro motivo?

DOCTOR Pues bien, tienes razón... En el punto en que estamos no debo callar. Hay otro motivo.

PET. ¿Qué será? Una mujer, ¿no es eso? Un amor nuevo...

DOCTOR ¡Amor!... No merece ese nombre.

PET. Pues si no es eso, ¿qué puede ser? (Después de

un momento de reflexión.) Es verdad. Puede ser otra cosa. Puede ser cálculo... conveniencia personal. Es muy bajo, pero puede ser eso. Varias veces en poco tiempo me ha hablado de la situación de su fortuna. Combinando detalles... atando recuerdos, surge una sospecha... ¿Es que Gonzalo piensa casarse?

DOCTOR Eso es lo que se dice...

PET. ¡Lo que se dice! ¡Ah! Pero lo que se dice, muchas veces no es la verdad; la gente se equivoca, inventa patrañas. Usted ha oído eso á varios, á muchos quizás, y por eso lo da como cierto, ¿no es así?

DOCTOR Por eso... (Aunque la última esperanza dure poco, arrancarla ahora sería ya más que afecto, crueldad notoria; no me siento con fuerzas para ello.)

PET. ¡Pues aun falta entonces!

DOCTOR ¡Y ahora, Petrilla, calma, la que puedas tener... valor! (Le estrecha la mano.) ¿Me necesitas? ¿Quieres algo de mí? A tu lado me tienes y me tendrás siempre.

PET. Gracias, estoy tranquila... todo lo que es posible.

DOCTOR Hasta pronto, hija mía. Continuar esta conversación te hace daño. Descansa, si es que puedes, y confía en el porvenir. ¿Quién sabe si lo que crees irremediable desdicha será un bien para tí? (¡Desdichada!... ¡Desdichada!)

ESCENA VI

PETRILLA

Se fué... sí. Ya estoy sola con mis ideas. ¡Qué mareo! Tengo una nube de sangre delante de los ojos. Todo da vueltas. ¡Cuántas vueltas! Estoy viendo que me voy á caer redonda. ¡Caerme! ¡morirme! ¡qué gusto! No sé lo que digo. Vamos, calma; una criatura humana no puede morirse así como un perro, sin saber lo que necesita saber... Porque

yo necesito saber aún muchas cosas... Porque Prieto refirió lo que la gente dice... nada más. ¡Oh! ¡Qué arraigo tiene la última esperanza! Es preciso que tenga fuerzas para llegar hasta el fin, para preguntarle á Gonzalo si es verdad esa infamia, y las tendré... ¡quiero tenerlas!

ESCENA VII

PETRILLA, un CRIADO foro

CRIADO Señora. En la puerta hay un hombre que quiere verla á usted.

PET. No recibo á nadie. Que vuelva otro día.

CRIADO Ya se lo dije, pero insiste. Dice que tiene necesidad de hablar con usted. Añadió que le dijese á usted que viene del monte.

PET. ¿Del monte? ¿Y su nombre? ¿Lo dijo?

CRIADO Sí, señora; Lorenzo.

PET. ¡Lorenzo! (Pausa. El Criado espera.)

CRIADO La señora dirá.

PET. Sí. Está bien. Que pase. (Vase Criado.)

ESCENA VIII

PETRILLA. Después LORENZO foro

PET. ¡Lorenzo aquí! ¿A qué viene? ¡Y yo he dicho que entre! ¡Voy á encontrarme frente á frente de él! ¡Ah! ¡Cómo tiemblo! (Queda con la cabeza baja sin atreverse á mirar á la puerta por la que aparece Lorenzo. Este no avanza y la mira fijamente.)

LOR. Petrilla...

PET. Lorenzo...

LOR. No esperabas verme, ¿verdad? Ni yo á tí tampoco... Había hecho juramento á Dios de no verte nunca... Como muerta te consideraba... Lo que te digo, ¡como muerta!

PET. Entonces... (Con temor)

LOR. Tienes razón... Es necesario que te explique

por qué vengo... y te lo explicaré... (Es mucho lo que me sucede con esta mujer... Venía decidido á darle la noticia de golpe... y en cuanto la tengo delante ¡qué cobarde soy!...)

PET. ¿No dices nada? ¡No me castigues de ese modo!... ¡Insúltame, si quieres... escúpeme á la cara, pero no calles! .. ¿Has venido solo? ¿Te acompaña mi padre? ¡Ah! No creas que tengo miedo... ¡Sabe Dios si sería una fortuna que me matara!

LOR. Petrilla, ¿qué dices?

PET. Te asombra oirlo, ¿verdad? ¿Pensabas encontrar otra mujer? ¡Ya ves la que encuentras! Pero contesta á lo que te pregunto... ¿Ha venido mi padre contigo?

LOR. No...

PET. ¿Quedó en el monte? ¿Sigue allí?

LOR. Allí sigue. Como esos señoritos dejaron el arriendo cuando. .. ya sabes cuándo... el pobre no quiso trasladarse al otro monte... Ya no hacía falta el traslado... Por tí quería marcharse... y no estando tú...

PET. Y dí... Lorenzo... ¿está muy triste?... Muy abatido, ¿verdad?

LOR. Mucho... calcula.

PET. Háblame de él... ¡Cuánto será su enojo!...

LOR. Ya ves que el caso...

PET. Y lástima... pena por mí... ¿no la ha demostrado nunca?

LOR. No sé... Nunca me fijé en esos detalles...

PET. Y tú... de tí mismo, si puedes juzgar, ¿sentiste algo de eso que digo?...

LOR. Hasta ahora, no...

PET. Pero, ¿ahora?...

LOR. Sí... Dijiste eso de la muerte, y se me metió en el corazón .. No sé lo que me pasa, pero algo me está diciendo aquí dentro que nesesitas tú un poco de caridad... Más que los que piden limosna de puerta en puerta...

PET. Y tú me alargas esa limosna... ¡Qué bueno eres, Lorenzo!

LOR. ¡Yo!... Mira, Petrilla, no sé si soy bueno, que á veces pienso cosas que me hacen du-

darlo. Lo que hay es que el alma se me va siempre hacia tí, sin que pueda yo detenerla. En otros tiempos, cuando tú vestías traje de paño burdo y vivías en la casa que sabes, con la imaginación veíate muy en alto... ¡muy sobre mí!... ¡casi desaparecía tu cabeza en las nubes, de alta que ibas! Y, loco de cariño, hacia arriba tendía yo mis manos en súplica de que bajaras... Hoy han cambiado las cosas... Te vistes de seda... vives... ya ves dónde... y de tal modo fuiste bajando á mis ojos, que tengo que mirar al suelo para verte... Y con los ojos bajaron las manos, y te digo: «¡Agárrate y sube, mujer!.. ¡Lorenzo está aquí siempre!...»

PET. (Estrechándole las manos.) ¡Bendito seas! ¡Qué bien me haces!...

LOR. Pues ya que las cogiste no las sueltes, (Por las manos.) que ellas te llevarán donde debes ir... y para eso vine...

PET. ¿Qué dices?... (Apartándose.)

LOR. ¿No quieres? Verdad que debí adivinarlo .. Estás loca por ese hombre...

PET. ¡Es que tú no sabes... Lorenzo!... Es que ahora hay algo superior á todo que me clava aquí... ¡Superior hasta al mismo cariño que le tengo!... Decirme «¡vente!..» es lo mismo que decirme «¡muere!...» ¡más aún!.. ¡No, Lorenzo!... ¡ahora no puedo!

LOR. Bien, quédate... Pero antes .. no ya por cariño ni por lástima... por deber, sólo he de decirte la última palabra ..

PET. ¿Qué... Lorenzo? (Con temor.)

LOR. Dijiste que un poder superior á todo te clavaba aquí... ¿verdad?

PET. Sí... eso dije...

LOR. Pues algo más grande aún te llama al lado de tu padre.

PET. ¿Por qué?... Sigue... ¿Por qué no sigues?... ¿Es que mi padre?... Sí... por eso viniste... No es que me perdone... No es que me llame... ¿Mi padre... está... está enfermo?... ¿Verdad?... (Lorenzo baja la cabeza.) ¡Dios mío! Enfermo... muy enfermo, sin duda... (Viendo

que el otro calla.) ¿Dices que sí?... ¡Padre!... ¡padre de mi alma!... (Cae llorando sobre un sillón.)

LOR. (Acercándose á ella.) (¡Bien pensaba yo que en este momento iba á faltarme el valor!...) Vamos, Petrilla... tranquilízate... Cierto que tu padre está malo... cierto que viéndole así pensé que tú, su hija, el sér á quien más quiere, por quien de seguro suspira ahora, debías saberlo... y sin encomendarme á Dios ni al diablo, tomé el camino de Madrid... ¡Ea!... ¡No llores!... ¡No te acongojes!... Tal vez tu padre curará... él es fuerte... ¡Por Dios, que tengas ánimos!...

PET. Cierto... sí... los tendre... Iré... sí, iré... Quiero verle... y si cura... si cura, Lorenzo... y él me quiere... ¡á su lado toda la vida!... Tienes razón. ¡El antes que todo!

LOR. Sí, Petrilla... vamos...

PET. Espera, ¿oiste?... Paró un coche... (Se asoma al balcón.) Sí... es Gonzalo...

LOR. Gonzalo...

PET. No temas... ¡Si yo voy contigo! ¡Te juro que voy!... Pero... oye... si yo te pidiera... vas á pensar que soy una mujer infame... que me dices que mi padre se muere, y sin embargo... Pero si yo te pidiera cinco minutos... nada más que cinco minutos...

LOR. ¡Petrilla!...

PET. Tengo que hablarle... Es sólo un momento... ¡Por la Virgen, que cedas!... Entra en ese cuarto... Te llamo en seguida.

LOR. ¿Y si se opone?

PET. ¡No se opondrá!... ¡Mira que va á venir!... Es la última súplica...

LOR. Bien... allí aguardo. Pero no tardes en llamarme, Petrilla.

PET. No... ¡te juro que no!... (Vase Lorenzo por la puerta de la izquierda.) Y ahora... padre... ¡un momento!

ESCENA IX

PETRILLA y GONZALO

GONZ. ¿Qué tienes?... ¿Lloras?

PET. No sé... puede... Oye, Gonzalo... ¿Es verdad que te casas?

GONZ. ¿Quién te ha dicho?...

PET. No importa quién... Yo que lo soñé y quiero que me respondas. ¿Es verdad?

GONZ. Pero...

PET. Sí ó no... ¡Es verdad!

GONZ. Escucha; tengo que explicarte...

PET. Bueno... Ya sé que es verdad... Nada tienes que decirme... Era eso sólo... ahora, vete. (Vacila.)

GONZ. Petrilla... (Acudiendo á ella.)

PET. No temas... soy fuerte .. Puedo más que el dolor... vete, Gonzalo... es un capricho... ¿no oyes?... ¿no quieres?... Bien... es lo mismo... ¡Lorenzo! (Llamando á éste.)

ESCENA X

DICHOS y LORENZO

LOR. ¡Ese hombre!... (Da un paso hacia Gonzalo. Petrilla se interpone.)

PET. Cinco minutos te pedí... apenas si han pasado... No malgastes tú el tiempo ahora. Vamos, Lorenzo... vamos. Ya sabes que nos esperan. (Le arrastra hacia la puerta del foro.)

TELON RÁPIDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto. La chimenea encendida

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se oyen los ladridos de un perro. La TÍA SIMONA entra en escena por la puerta de la izquierda; trae una cazuela en la mano.

SIM. Calla, Canelo, que ya voy. ¡Demonio de bicho y cómo conoce la hora! (Vase por la puerta del foro. Un instante después cesan los ladridos y vuelve á entrar la tía Simona que ya no trae la cazuela.. En un periquete se lo traga to! Nunca se ve harto... ¡No he visto perro más animal!... ¡Ea!... ahora vamos á prepararle la comida á Lorenzo... (Abre el arca y saca un pan) Ya va estando un poco duro. Habrá que volver á amasar pronto. (Saca unos huevos.) ¡Señor, como está el mundo!... Hasta las gallinas se van echando á perder. Se les debía caer la cara de vergüenza al ver estos huevos que son como almendras de puro chicos... ¡parece que los ponen por compromiso! Pus comer, ca día comen más. ¡Válgame Dios! Y que no sé onde vamos á parar si no se arregla esto.

ESCENA II

La TÍA SIMONA y JUAN (foro)

JUAN — Buenos días, tía Simona.

SIM. — Buenos los tengas, Juan. ¿Vienes del pueblo?

JUAN — De allí vengo.

SIM. — ¿Y tu madre? ¿Se le quitó ya el dolor de las piernas?

JUAN — Del to, no; pero va pa mejor. Ya ha soltao las muletas... Pero ha pasao unos días... ¡güenos de verdad!

SIM. — Lo que yo estaba pensando ahora mesmo, Juan, que de algún tiempo acá to se vuelven calamiades... y más calamiades... Hace veinte años no le dolía á tu madre ni la uña de un deo... Moza más garrida que ella pué que no hubiera más que una en cinco leguas á la redonda... Y esa una era yo!... Como te lo digo... Pus anda que ogaño ya lo ves tú; cuando no le duele una cosa de su cuerpo le duele otra... ¡Como á mí! Paece que se ha infestao el mundo de algo mu malo, Juan...

JUAN — Pero, tía Simona, á las mozas de ahora tampoco les duele na, ó, por lo menos no se quejan de que las duela: por lo que carculo yo, que no es que se haya infestao el mundo, como usted dice, sino que eso debe de ser porque se van ustés haciendo viejas...

SIM. — Pué que también sea algo de lo que dices; pero de toas maneras esto se va poniendo pior ca día... ¡Ea! Si quiés esperar á Lorenzo, espérale aquí ó pasa á la cocina, que yo voy á hacerle la comida.

JUAN — No se moleste usté que hoy no va á hacer falta... y por eso venía.

SIM. — No te entiendo.

JUAN — Pus más claro, agua... Que hoy les convido yo á ustés...

SIM. — ¿Tú, hijo? ¿Te ha tocao la lotería?

JUAN — Hágase usté cuenta de que sí... Pa mí como

si hubiera cogío el premio gordo. Pa la Virgen de la Paz, Rosa y yo nos casamos... Ya ve usté... ¡ni tres meses faltan! Anoche se fijó el día y me paece á mí que la cosa es pa celebrarse. ¿Qué dice usté de esto, tía Simona?

SIM. Que me alegro con toa el alma, Juan... y que la chica me paece muy bien.

JUAN ¡Pus y á mí, tía Simona! ¡Si viera usté lo que me paece á mí! Ahí tié usté una á la que no le duele na... ¿Usté la ha mirao bien? ¡Miste que es guapa!...

SIM. No es fea... Pero pa guapa, pa guapa tu madre hace veinte años.

JUAN (Con sorna.) Y usté, por la comparanza que ha puesto enantes. En ello estamos... Con que pué usté volver á meter eso en el arca, porque hoy comerán ustés con nosotros.

SIM. Bien, muchacho. (Hace lo que Juan indica.) Pero oye. . ¿Y si Lorenzo no quiere ir?

JUAN ¿Y por qué no había de querer?

SIM ¡Hombre!... Que por desairarte no sería, de sobra se comprende; pero como ende que murió el señor Pablo no va á denguna parte y menos si es ccsa de fiesta, digo yo que pué que no quiera.

JUAN Es dura cosa que un hombre tan hombre como Lorenzo esté así por culpa de una mala hembra... ¡porque es por ella, tía Simona!

SIM. Claro que sí.

JUAN Yo apenas si le hablo de esto, porque me paece á mí que á Lorenzo no le agrada el tema: pero cuando, así, por ver si el hombre se desenoja echando fuera lo que tié en el alma... le nombro á Petrilla y le echo alguna indirecta sobre el caso, ¡que se pone más amarillo que un cirio, y le sale un gesto, que, miste, la verdad, da mucha pena y mucha rabia... ¡pero mucha!

SIM. ¿A quién se lo dices, Juan?... Por aquello de vivir con él ende que murió el señor Pablo y haberle conocío ende que mamaba, le tengo ley y le hablo con toa franqueza como si

fuera mi hijo. Y siempre estoy dale que dale diciéndole lo que conviene por ver si olvida á esa mujer y se fija en otra y le sale del cuerpo esa tristeza que le va consumiendo, como si estuviera embrujado. Pus, mira, ¡como si no le dijese na! No se enfada, eso no, pero maldito el caso que me hace. ¡Siempre la misma cara y el gesto desaborío y tristón como si estuviera en un entierro!... To el santo día de Dios se le pasa en el monte. Dice que va en busca de los lobos pa ver si mata alguno... pero pa mí maldito si se ocupa de ello... Cuando viene á la casa se sienta ahí horas enteras sin moverse ni pestañear... ¡Maldecía mujer, y qué lástima de cariñazo tan grande el que la tiene el probe!

JUAN Y ya que hablamos de esto, dígame usté, tía Simona, ¿no han vuelto ustés á saber na de ella? ¿Es verdad que su novio, ú lo que fuera, la dejó plantá pa casarse con otra?

SIM. Verdá, hijo. Pero no hemos sabío más. A los ocho días de enterrar á su padre, que de Dios haya, se marchó .. y va va pa dos años. Iría á pindonguear en Madrid con otro. No ha nacío ella pa vivir en el monte trabajando. ¡Probe señor Pablo! Que me perdone, pero con aquèl afán de que su hija supiera más que las demás, y se hiciera así como una señorita sin señorío, la echó á perder. De bastante la han servido la escuela y la letura. ¡Miá tú qué falta la haría saber más que cortar leña y arreglar la comida! ¡En fin, ca uno tié sus gustos y al señor Pablo le salió caro el suyo, porque pa mí que el sofocón-le mató!

JUAN ¡Y pa mí también, tía Simona! Ende que se marchó Petrilla no levantó cabeza el hombre... ¡Y que la quería de veras! ¿Se acuerda usté de la alegría que le entró cuando la vió aparecer por esa puerta en campañía de Lorenzo?

SIM. ¡Vaya si me acuerdo! Yo estaba aquí, cuidando de que no le faltara na, mientras Lo-

renzo iba á Madrid á decirla lo que pasaba, y traerla, si es que quería venir. ¡Como me llamo Simona que en mi vida he sentío pena más grande que entonces! ¡Con qué afan la tendió el probecico los brazos! ¡Y qué lagrimones vertía mirándola! Hablar no podía el desdichao, pero con la movención de to su cuerpo decía más que con la boca. ¡Y ella paecía también muy desconsolá, y lloraba de veras... claro... de estuco había de ser si no! Pero ya se la habrá pasao el disgusto, porque me creo yo que no le llegan mu adentro... Lo que hacía falta es que este hombre de Dios lo comprendiera y se dejara de malencolías.

JUAN (Mirando por la ventana junto á la que está.) Mírile usté... Ya viene... A ver si le animamos y va á la fiesta... ¿Sabe usté? También tendremos baile.

SIM. ¿También, hijo? Pus dí que osequias de firme á la novia.

JUAN To lo merece... que más buena moza no ha habío más que una y ha sío usté, aunque ende que el mundo está infestao se ha hecho usté vieja.

SIM. No, malicia no te falta, hijo. Dios te la conserve pa que distraigas á la novia.

ESCENA III

DICHOS y LORENZO, foro. Lorenzo trae la escopeta al hombro; al entrar la deja junto á la ventana

LOR. Hola, Juan. ¿Qué te trae por aquí?

SIM. Viene á convidarnos.

LOR. ¡A convidarnos! ¿Pues qué te sucede de bueno?

JUAN Que me caso con Rosa, y ayer se fijó el día, y quiero yo festejarlo como es debío.

LOR. Enhorabuena, Juan, y que seais muy felices.

JUAN Ya lo creo que lo seremos.

LOR. Y, ¿para cuándo es el convite?

JUAN — Pa hoy mesmo. A la una tengo citaos á los amigos, y como tú eres uno de ellos... creo yo que no faltarás. ¿Verdá usté que debe ir, tía Simona?

SIM. — ¿Quién lo duda? De fijo que va... y así veremos si se alegra un poco, y echa fuera esa murria.

LOR. — Tía Simona, por Dios.

SIM. — ¡Cá, si no he de dejar el sermón hasta que seas otro! Miá... De eso hablábamos Juan y yo cuando llegaste.

LOR. — Pero si usted exagera.

SIM. — Tontos semos, hijo, pero no tanto que no veamos las cosas que se nos ponen delante de las narices.

LOR. — Ya sabe usté que la muerte del señor Pablo, al que quería como á un padre, me hirió en lo vivo y no puedo olvidarle.

SIM. — Pus mira, si él se portó bien contigo, no le diste tú mal pago. A seguro que no harán tanto duelo otras presonas que tenían más motivo para ello.

LOR. — ¿Qué sabemos de eso ni usté ni yo, tía Simona?

SIM. — Por ahí te duele, y de ese mal quiero yo que te cures.

JUAN — Pa mí que eso no esta bien, Lorenzo, y no te enfades porque te lo diga.

LOR. — No me enfado, Juan. Al contrario, algunas veces pienso que teneis razón, aunque no en todo, porque Petrilla no es tan mala como suponeis. Quería á ese hombre; al oir al señor Pablo que iban á dejar este monte por otro, enloqueció la pobre... ¡Era muy grande aquel cariño, tía Simona! ¡Muy grande! ¡Bien caro le pagó! ¡Pobre Petrilla!

SIM. — Probe... Probe... ¿Pus que querías tú, que tras hacer lo que hizo la dieran dulces?... ¡Bien merecío tiene tó lo malo que la suceda!

LOR. — Sois muy duros con ella...

SIM. — ¡No... que vamos á hacer lo que tú, que si volviera de fijo la recibías con cohetes!...

LOR. — ¡Si volviera! .. No... ¡no volverá! ¿A qué había de volver?...

JUAN A na, es claro...

SIM. Ni falta.

LOR. En fin... no hablemos de esto...

JUAN Justamente. Hoy no es día pa tristezas. Conque Lorenzo, ¿irás?

LOR. Iré, Juan... Basta que sea cosa tuya.

JUAN Pus no sabes lo que te lo agradezco. Y, misté, tía Simona, yo tenía que pedirle á usté un favor mu grande.

SIM. Pide lo que quieras, que si se pué servirte...

JUAN ¡No ha de poder usté!... Si no es más que se viniera usté conmigo ahora mesmo.

SIM. ¿Y pa qué tan pronto?

JUAN Es que nos hace usté muchísma falta. Se me ha antojao que hoy comamos un arroz con liebre bien hecho, pero bien hecho... porque, la verdad, Rosa se muere por esa comía, y no es por alabarla á usté, pero pa el punto del arroz naide como la tía Simona. Tos lo dicen. Conque...

SIM. No digas más, que sus vais á chupar los deos de gusto. (Colocándose en la cabeza el pañuelo que lleva al cuello.) Y por mí ya estamos andando, si este (Por Lorenzo.) no me necesita.

LOR. No... Vaya usted. Yo iré luego.

JUAN ¡Que no nos faltes!

LOR. Descuida, Juan.

JUAN ¡Y que vayas con buenos ánimos! Mía que hay mozas que darían la mano derecha porque las sacases á bailar... A ver cómo te portas. (A la tía Simona.) Si le parece á usté iremos por el atajo...

SIM. Tiés prisa por ver á la novia, ¿eh?

JUAN Carcule usted.

SIM. Pus saldremos por el huerto... Hasta luego, Lorenzo. (Vanse Juan y la tía Simona por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV

LORENZO

Será feliz... Tiene suerte... La merece el pobre... ¡Dios le dé la dicha que le deseo!... ¡Qué ocurrencias tiene la tía Simona!... ¡Pensar que Petrilla podría volver aquí! Lo que yo le he dicho. ¿A qué? ¿Hay algo que la pueda llamar? No... Nada... Buena prueba dió de ello... Murió su padre... y se marchó. ¿Dónde estará? En Madrid, sin duda... Pero, ¿qué hace allí?... ¡Ea, Lorenzo!... ¡Hay que olvidar esto!... ¡A cansar el cuerpo cavando la tierra! que cuando estás rendido estás más á gusto y no piensas tanto en lo que no debes pensar... Y después al baile á alegrar el alma, porque si sigues así acabarás por volverte loco. (Vase derecha.)

ESCENA V

PETRILLA, por el foro

No hay nadie... ¿Habrá salido Lorenzo?... Que importa... él volverá... (Se sienta junto á la lumbre.) ¡Tengo frío! (Extendiendo las manos hacia la lumbre.) Y eso que desde la entrada del monte he venido á buen paso... ¡Casi corriendo! ¡como cuando en otra época venía á ver á Gonzalo!... Entonces era yo otra... No llevaba aquí (En el pecho.) lo que llevo ahora. Sí, ¡de aquí viene el frío!... No sé. (Pasándose una mano por la frente.) Se me figura que voy á ver entrar á mi padre... que voy á oir su voz de repente... ¡Pobrecillo!... No... No quiero pensar en esto... He venido á otra cosa... ¡Necesito de toda mi energía!... ¡Y siempre el mismo frío!...

ESCENA VI

PETRILLA y LORENZO, izquierda

LOR. Debí dejar aquí el azadón.

PET. (Desde su sitio sin levantarse.) Lorenzo...

LOR. ¿Eh? ¿Quién? ¡Tú! ¡Petrilla, tú! (Quedan mirándose el uno al otro.)

PET. Si... yo... Ya lo ves...

LOR. Pero, ¿qué quieres? ¿A qué has venido? ¿Tiemblas? Sí que tiemblas. ¿Estás mala? (Acercándose á ella.)

PET. No, Lorenzo...

LOR. Sí... Tu cara lo dice... Estás mala... Allí no te cuidaban... Te acordaste de mí... Por eso viniste, ¿verdad? Has hecho bien...

PET. Gracias, Lorenzo. (Ha tendido una mano que Lorenzo estrecha.) Gracias... Pero, te lo repito... Estoy buena... Vine á otra cosa.

LOR. A otra cosa... Pues, dila... (Se sienta á su lado.)

PET. Dime tú antes si eres siempre el mismo para mí...

LOR. Siempre... Mira, hace un momento me decían que si volvieras de nuevo te recibiría con los brazos abiertos. Y ya lo ves... Volviste, y si los brazos quedaron quietos, el corazón se abrió para recibirte. ¿Necesitas de mí? Habla... aquí me tienes...

PET. Sí... eres el mismo... No sé por qué lo dudaba.

LOR. Ni yo tampoco lo sé, porque pruebas tienes de que nací para obedecerte. ¿No te acuerdas de lo que sucedió á los pocos días de morir tu padre? Viéndote tan desesperada por lo que me contaste, «¡Petrilla, te dije, por ser mujer eres débil y no puedes, no sirves para dar castigo: pero yo soy fuerte y puedo darle por tí... ¿Me cedes este derecho? Mira que tanto como tú deseo vengarme!» «No, Lorenzo, me respondiste... ¡no intentes nada contra ese hombre! ¡No quiero!» Y, lo sabes, no insistí. Sujeté como pude mis an-

sias feroces. ¡las más feroces de mi vida!... y ese hombre vive. Pues si te obedecí en esto, ¿por qué has dudado que en lo demás he de hacer lo que tú me mandes?

PET. Pues bien: no mando. . Te suplico que sigas teniendo la misma prudencia... ¡qué ahora vas á necesitar más que nunca!...

LOR. ¿Ahora? ¿Por qué?

PET. Porque tal vez dentro de pocos instantes te encontrarás frente á frente de ese hombre al que aborreces tanto.

LOR. ¡Yo con él!... No te comprendo, Petrilla... ¿Iremos á buscarle?

PET. No... vendrá él...

LOR. ¿Aquí...

PET. Así lo espero...

LOR. ¿Y por qué viene? ¿Quién le llama?

PET. Yo misma...

LOR. ¿Tú? (Se ha levantado.) Y... ¿por qué?

PET. Porque no soy tan débil como supusiste y quiero vengarme; porque desde hace dos años esta es mi única idea, y, en fin, porque una necesidad imperiosa de mi alma, un capricho de mi imaginación, si quieres, me ha arrastrado á que el castigo se cumpla aquí... ¡aquí donde empezó su engaño!

LOR. No sé qué decirte... Ignoro lo que intentas. En estos dos años nada he sabido de tu vida... ¿Qué has hecho? ¿qué vas á hacer? Me asustas...

PET. ¿Qué he hecho? Esperar, luchando como pude contra las pequeñas miserias de la vida... No... ¡No creas que me hundí más de lo que estaba!... ¿Qué voy á hacer?... (Levantándose y acercándose a él.) En aquella ocasión á que te referiste hace un momento, ¿qué me proponías como castigo? ¿Qué podías tú hacer?... ¿Matar á Gonzalo, verdad?... No era esto lo que yo deseaba... ¡Ese castigo no me servía, Lorenzo, no me servía! ¿Su muerte?... ¡Bah!

LOR. Me confundes... No eres la misma.

PET. ¡No lo soy, no! ¡Cuántos impulsos, cuántos sentimientos se han apagado en mí! ¡Cuán-

tos nuevos han nacido! Tienes razón... ¿No ha de cambiar en todo un alma en la que el odio sustituye al amor? Porque yo odio á ese hombre...

LOR. ¿Y podrás conseguir tu objeto?

PET. Sí... creo que sí...

LOR. ¿De qué modo?

PET. Oye. Al poco tiempo de marchar yo de aquí, después de muerto mi padre, se casó Gonzalo... Fué para él un entretenimiento, un capricho de vicioso que se deja cuando cansa ó cuando no conviene. El caso no es nuevo y entre esa gente se repite todos los días. Yo amaba á Gonzalo... ¿Cómo te diré, Lorenzo, cómo te diré? Como ningún ¡hombre ha podido soñar ser amado!... ¡Cómo él mismo, incapaz de grandes pasiones, no sospechó nunca! Y la vanidad, bajos impulsos, hiciéronle apartarse de mí para entregarse á quien sentía por él, si es que sentía algo, un afecto pálido, vulgar, poco duradero, sin fuerzas para resistir la tentación de la falta, cuando se presentase con sus provocativas delicias. No dió su amor y su nombre y su honra á una mujer, sino á una muñeca .. á un maniquí... ¡así se los han guardado!

LOR. ¿Qué dices, Petrilla?... Su mujer...

PET. Al año de casarse Gonzalo, su mujer le engañaba... Tenía un amante... Le tiene aún...

LOR. ¿Y tú?...

PET. Al poco tiempo lo supe. ¡Qué alegría... porque era alegría! De fiera, si quieres, pero cada uno siente como lo que es ó como lo que le hacen que sea... Saberlo era poco... Necesitaba poder probarlo, y á eso tendieron mis afanes desde entonces...

LOR. ¿Y al fin?...

PET. ¡Sí! Cuando me proponías que te dejara matar á Gonzalo apretabas nerviosamente el cañón de tu escopeta... No me servía el arma... Quería otra...

LOR. ¿Y la tienes?

PET. La tengo... Mira. (Sacando del bolsillo un paquete de cartas.) Con la tuya se puede errar el tiro.

Con esta, no... Va derecho al corazón siempre.

LOR. ¿Y esos papeles?...

PET. ¿Estos papeles?... Estos papeles prueban la traición de la mujer de Gonzalo. Cartas que ha escrito á su amante...

LOR. ¿Y tú intentas?...

PET. Arrojárselas á Gonzalo á la cara diciéndole: «De mí huiste prefiriendo á otra mujer á quien sin duda supusiste de mejor condición que yo... Te hice dueño de mi honra como tú á ella de la tuya... No hablemos de cómo quedó la mía porque de sobra lo sabes. Lee esas cartas y mira cómo han tratado la que tú entregaste.» Esto nada más, Lorenzo.

LOR. No... Petrilla... no lo harás... No debes hacerlo...

PET. ¡Que no!...

LOR. Te repito que has cambiado mucho... Me parece que estoy hablando con una mujer distinta á la que yo conocí... Lo que pretendes... no... ¡da frío eso, Petrilla!

PET. Eres un niño.

LOR. Odio á ese hombre; me quitó la única dicha con que soñaba. ¡Figúrate si le odiaré! Pero el castigo que quieres darle, me repugna, sí... ¡Paréceme que mancha al que le da mucho más de lo que puede doler al que le recibe! ¡Has de pensarlo, Petrilla!

PET. Ya es tarde para retroceder, y aunque no lo fuera, por nada renunciaría á mi plan. He citado aquí á Gonzalo. Vendrá; segura estoy de que vendrá. Conozco á los hombres, y al recibir mi carta habrá pensado que, incapaz de dominar el amor que le tuve, quiero volver á anudar los lazos que nos unieron... Vendrá.

LOR. Es que temo por tí.

PET. ¡Por mí!

LOR. Sí... Me pongo en el caso de ese hombre, y me parece que no daría tiempo á que se me probara la acusación. ¡Quién sabe si su furor se volverá contra tí!

PET. No temas.

LOR. Pero...

PET. Es inútil. He de hacerlo, Lorenzo. (Suenan golpes en la puerta del foro.) ¡Ahí está! Ya sabía yo que vendría. Vete.

LOR. Haz lo que quieras. Pero no me pidas que me aleje de aquí. Desde allí (Derecha.) lo escucho todo.

PET. Bien. Escúchalo.

ESCENA VII

PETRILLA. Después GONZALO foro

PET. Ahí está. ¡Pues no parece sino que toda la sangre se me ha subido á la cabeza! (Vuelven á llamar.) ¡Se impacienta! ¡Vamos... un poco de serenidad! (Abre la puerta del foro. Aparece en ella Gonzalo, que por un instante permanece inmóvil.) Entra, Gonzalo. (Entra. Petrilla cierra la puerta de nuevo.)

GONZ. He recibido tu carta y aquí me tienes. ¿Qué deseas, Petrilla? (Un momento de pausa. Petrilla le mira fijamente. El acento y la actitud de Gonzalo son las de un hombre aburrido, triste.) Te confieso que me extrañó la cita en este sitio. En fin, tú me lo explicarás ahora todo.

PET. Te agradezco que hayas venido, y como dices, todo te lo explicaré. (Se sienta junto á la lumbre y se queda mirando á Gonzalo.) ¿No te sientas, Gonzalo? ¿No estás cansado? Pues la caminata es buena, porque supongo que tú como yo habrás dejado el coche á la entrada del monte. Vamos, siéntate. (Gonzalo hace ademán de coger una silla que está algo lejos de Petrilla.) No, hombre... más cerca, aquí. (En una silla que está junto á ella.) Donde tantas veces te sentaste. ¿No te acuerdas ya de eso? ¡De fijo que no!

GONZ. (Sentándose donde Petrilla ha indicado.) (¡Está más hermosa que nunca, pero ni con su hermosura me conmueve!)

PET. (¡No sé qué encuentro en él que me extremece!)

GONZ. Pues te engañas, porque lo recuerdo todo... Pero hablemos de ese asunto importante, según dices en tu carta, que te obligaba á tener una entrevista conmigo. Dos años hace que ni por casualidad nos hemos visto, y la cita me ha causado extrañeza. ¿De qué se trata, Petrilla?

PET. Pues, sí... lo vas á saber y ya verás si te interesa. Pero antes es preciso, quiero yo, que hagamos un poco de historia, nada más que un poco, para que de este modo, cuando lleguemos á la cuestión actual, tengas los recuerdos vivos. Estoy en que tú has olvidado algo de lo que entre nosotros pasó, y es necesario que hagas memoria de todo.

GONZ. No creo que sea preciso... Pudiera repetirte la historia de nuestro amor, día por día, momento por momento, ¿pero qué nos puede importar ni á tí ni á mí en nuestras circunstancias actuales?

PET. Eso es lo que vamos á ver ahora mismo, ¿sabes? ahora mismo. Y á pesar de tus circunstancias y de las mías, repito que esa historia se impone.

GONZ. Si es capricho...

PET. Puede que lo sea... Oye. Cuando tú me conociste era yo una chiquilla, sin experiencia de la vida, sin maldad alguna, limpia de todo pecado, hasta de los que vienen del pensamiento; llena de ingenuidad, algo zafia, salvaje, si quieres; una mujer poco curtida, según el calificativo que vosotros, los hombres de mundo, aplicais á las mujeres que defienden su honra á puñetazo limpio si llega el caso... ¿No es así?

GONZ. Cierto... Mas...

PET. Mas yo no defendí la mía como debí hacerlo. ¿Verdad, Gonzalo, que ibas á decir eso? Conformes en este punto. No la defendí, y mira que muchas veces he pensado en ello, y aun no he podido comprenderlo... ¿Por qué te quise yo, Gonzalo? ¿Por qué me hiciste enloquecer hasta el punto de olvidarme de todo lo que no fueras tú? ¿Qué ví en

tí?... Nada bueno, porque no lo tenías... Entre tus compañeros y tú no había diferencia alguna.. Recuerdo perfectamente lo que hacías los días en que el capricho ó el aburrimiento de vuestra vida en Madrid os traía al monte. Más que á gozar de este, y á oxigenar vuestra sangre empobrecida, veníais á jugar y á emborracharos... Mi padre lo decía muchas veces. Esos señoritos no valen el tiro que se gastaría para matarles. Y no le valíais, Gonzalo, no le valíais.

GONZ. ¡Hola!... ¿Esas teníamos?...

PET. En fin; la antipatía, el temor, el asco, cayeron de pronto... Lo que te digo, me volviste loca... No te engaño... ¿Por qué había de engañarte ahora, en nuestras circunstancias actuales, como tú dices? Huí contigo... Mi voluntad era tuya... Fuimos á Madrid... Cubriste mi cuerpo de las más elegantes telas, de las alhajas más costosas, de los perfumes más enloquecedores... Me llevaste a paseo, al teatro, á los toros... En una palabra, me luciste como á un objeto de lujo, envidiado por muchos necios como tú, como se exhibe un caballo de raza ó un tren aparatoso...

GONZ. Pero, ¿dónde vas á parar?

PET. Pronto has de verlo... No me negarás, Gonzalo, que dificilmente hubieras encontrado mujer menos incómoda que yo, y que más libre te dejara el camino, cuando le quisiste libre... ¿Recordarás lo que pasó entonces, ¿verdad? Ni lágrimas, ni quejas, ni gritos... Nada...¿Te casas?.. Sí... Pues, adiós... adiós... Esto fué todo... y no me volviste á ver...

GONZ. Cierto que así fué... pero...

PET. Deja que acabe... y no tengas cuidado... ¡Cuando te digo que te lo explicaré todo!... Salí de tu casa... ¿Sabes donde fuí?... No... ¡No lo sabes!... No te ocupaste de esto. (Respondiendo á un ademán de Gonzalo.) Ni hace falta que lo digas... Pues vine aquí... aquí mismo... Mi padre estaba muy malo... Murió á poco de llegar yo... Tú y yo le matamos..

¿A que no supiste nunca que teníamos un crimen común sobre nuestra conciencia?

GONZ. Cierto que no, Petrilla... Y realmente exageras al suponerlo.

PET. ¡Calla! Te digo que fuimos nosotros... Yo, su hija, no rechazo mi culpa. ¡No la rechaces tú que eres el extraño!... Antes de morir, aun tuvo fuerzas para perdonarme. Los que se van del mundo dejan aquí sus odios y sus venganzas, como cargas que estorban para volar al cielo... Sí... Para perdonar ciertas cosas, preciso es morirse... Y yo vivía, Gonzalo... quedaba en el mundo... una horrible desventura... ¡pero quedaba en él! ¿Vas comprendiendo?

GONZ. Sí. Quisiste vengarte. (Con cierta indiferencia.)

PET. Eso quise... Eso juré ante el cadáver de mi padre. Mientras rezaba por él te maldecía. En mi corazón se agolpaban las lágrimas y la hiel... aguda crisis de la que salí transformada... Cuanto de bueno y noble había en mí se lo llevó mi padre, porque suyo era. Sólo quedó lo malo, lo acre, lo podrido... lo que es tuyo.

GONZ. No sé si te comprendo bien... pero aquí me tienes... Pensé que ciertos procedimientos de venganza sólo existían en la acalorada imaginación de algunos novelistas... Por lo visto me equivoqué... Todo me lo indica... Me citas aquí, á este monte, á esta casa solitaria... Me hablas del pasado, de tu odio, de tu resolución de vengarte... Lo que pienso me parece un absurdo, pero tú me das motivos para pensarlo.

PET. ¿Pero estás loco, Gonzalo?... ¡No, no es eso!...

GONZ. Pues... concluye... ¿qué quieres?...

PET. ¿Qué quiero?... Que lleves en el corazón la misma amargura que durante tanto tiempo he llevado yo en el mío. Que de tus sueños de amor y de dicha, si es que los tienes, no queden más que ruinas, que sólo ruinas quedaron de los que yo me forjé!... Honra tenía yo... y tú me la quitaste... Yo no te la quito porque otros se encargaron de hacer-

lo... (Acercándose á él y con sarcasmo.) pero te digo que no la tienes... que no la tienes, Gonzalo... (Pausa. Petrilla se queda mirándole fijamente. Gonzalo no se conmueve gran cosa por las palabras de la primera.)

GONZ. ¿Tú dices?

PET. Y no quiero que por mi sola palabra me creas... Voy á probártelo ahora mismo... (Ha llevado la mano al bolsillo donde guarda las cartas. Gonzalo lo advierte.)

GONZ. Espera... Estás engañada... No puedes vengarte. .

PET ¿Cómo? ¡Te digo que no me comprendes!...

GONZ. Más de lo que supones...

PET. ¿Y por qué no puedo vengarme?

GONZ. Tú misma lo has dicho... ¿Aspiras á destruir mi ventura, mi paz, mi hogar, tal vez?... ¡Pues dime como vas á lograrlo, cuanndo nada de eso existe!... (Nueva pausa.) ¡Nada! (Con sarcasmo.) Al poco de casarnos, mi mujer arrojó la máscara, quizás porque yo arrojé la mía también. Ninguno de los dos podíamos quejarnos... busqué yo su fortuna, buscó ella mi nombre y posición social... No hubo engaño. Confieso que al principio, la sangre de mis padres, ó mi ridícula petulancia de hombre, hiciéronme rechazar la situación que yo mismo me había creado, y sentí indignación, rabia... ¡Hasta los celos me atormentaron! Con la evidencia de la maldad de mi mujer, dudé si matarla ó apartarme de ella para siempre... No hice ni lo uno ni lo otro... Todo ello fué una ráfaga, y de aquella furia, de aquellos celos, de aquella indignación, no quedó más que un desprecio infinito por ella... y por mí... La frialdad de algo muerto... ¡Y el vacío no se ha vuelto á llenar ni aun con el odio! Mi mujer y yo somos dos extraños. Guardamos las apariencias que el mundo exige y que quizás te engañaron... pero nada de común hay entre nosotros .. ¿Comprendes por qué no puedes destruir lo que no existe? No me digas nada... ¿Para qué? Ni necesitas ven-

garte... Los hechos se han encargado de hacerlo... Para dar una puñalada que parta el corazón se necesitan dos cosas, Petrilla, un puñal, quizás le tengas, y un corazón... que me falta. (Pausa.) ¿Qué dices ahora? (Petrilla le sigue mirando fijamente. En su rostro aparece un gesto de supremo desprecio.) Nada, ¿verdad? Cuanto hablemos sobra... Me has llamado; he venido... Querías vengarte, no puedes... Esto es todo... Adiós, Petrilla...

PET. Adiós... Gonzalo... (Este sale por el foro seguido por la mirada de Petrilla.)

ESCENA ÚLTIMA

PETRILLA, LORENZO

LOR. Lo oí todo... tu arma es la que no servía. (Coge la escopeta que está junto á la ventana.) Por allá va. (Mirando por la ventana.) ¿Quieres que yo te vengue? (Se echa la escopeta á la cara.)

PET. ¡No... Lorenzo!... (Se acerca á él y le hace bajar la escopeta.) ¡Déjale!... Tenía razón mi padre... ¡No valen el tiro! (Se acerca á la chimenea y arroja las cartas.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.